

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

mortajas doradas

peter debry



Mark Silvester penetró en el recinto insonorizado que aislaba confortablemente a Lee Vanberg, propietario de la revista *Cuatro Horizontes*.

Lee Vanberg sólo citaba a sus principales colaboradores en casos excepcionales.

Tendió blandamente la diestra a Silvester, señaló la caja con diversos compartimentos de cigarrillos, y apenas sentado su visitante, preguntó Vanberg con fingida ansiedad:

—¿Se encuentra perfectamente bien?



Peter Debry

Mortajas doradas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1099

ePub r1.0

Lds 16.03.18

Título original: *Mortajas doradas*

Peter Debry, 1971

Cubierta: José Triay

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Mark Silvester penetró en el recinto insonorizado que aislaba confortablemente a Lee Vanberg, propietario de la revista *Cuatro Horizontes*.

Lee Vanberg sólo citaba a sus principales colaboradores en casos excepcionales.

Tendió blandamente la diestra a Silvester, señaló la caja con diversos compartimentos de cigarrillos, y apenas sentado su visitante, preguntó Vanberg con fingida ansiedad:

—¿Se encuentra perfectamente bien?

—Todo lo bien que pueda esperarse en un habitante de Frisco.

—No quisiera parecerle aprensivo, pero últimamente me preocupa usted.

Mark Silvester apuntó con el cigarrillo hacia uno de los numerosos rótulos enmarcados que tapizaban los paneles entre las estanterías de la biblioteca.

Eran máximas sugeridas y aprobadas por Lee Vanberg.

—Allí dice: «Nada debe asombrar ni preocupar a los artesanos de *Cuatro Horizontes*».

—Dos cuadros más arriba, lea también... «Seamos originales, audaces y cortésmente agresivos en busca de confidencias únicas».

Vanberg encubría su dureza bajo un afable sarcasmo. Prosiguió:

—Cuando yo creí descubrir su gran talento, era usted un gacetillero de sucesos. Pero tenía un toque original que me hizo concebir grandes esperanzas de éxitos, pero últimamente sus reportajes carecen de la chispa necesaria.

—Cada dos o tres meses suele usted llamarme, para decirme...

—¡Para recargar sus acumuladores, mi estimado Silvester! Para impedir que se duerma sobre relativos laureles. Nuestra revista se

ha impuesto porque es audaz en la elección de temas que puedan interesar tanto a la mayoría gregaria como a la minoría selecta. ¿Qué clase de desagradable inspiración es ésta, mi estimado Silvester?

Vanberg tendió una tablilla. En ella había una hoja mecanografiada con la clasificación de los reportajes.

Los títulos, y breve resumen, los entregaban los colaboradores con quince días de anticipación sobre la fecha de entrada en prensa.

El lapicero de cuatro colores del dueño de la revista repiqueteaba en un recuadro.

Silvester leyó pausadamente:

«Silvester, Mark. Contra la plaga del gamberrismo.

»Padres anticuados, que no creen en complejos y son respetados por su prole, refutan las blandas teorías de los “papis” modernos».

Complacido, argumentó Silvester:

—De los tres temas en boga, ya hemos buceado en el cáncer y el desquiciamiento mundial. Quedaba por sondear el origen del nihilismo agresivo juvenil. Si contra el fárrago de teorías modernas que permiten a la muchachada hacer lo que les da la gana, opongo los ejemplos prácticos de la educación cariñosa, pero autoritaria...

—Cancelan sus suscripciones el noventa por ciento de los padres de familia porque vivimos en mil novecientos setenta y uno,, mi estimado Silvester.

—Usted se precia de hombre a la moderna. Tiene dos hijos y una hija que apenas le oyen toser se ponen firmes. Lo hacen sin rencor, respetuosamente. Estos resultados, ¿los consiguió discutiendo sobre el psicoanálisis o aplicando a tiempo el sopapo bien administrado con justicia?

—A mí déjeme fuera de sus lucubraciones. Este reportaje queda anulado. Quiero confidencias que no rellenen nuestros buzones de protestas, y, que sin embargo, sean audaces, nuevas, originales. Escoja un tema que golpee la fatigada curiosidad.

—Golpéeme usted en la vacía caja imaginativa. Otras veces me ha sugerido ideas rozando la esquizofrenia trepidante. Dieron un

resultado asombroso. Además, tengo la certeza absoluta de que le ronda por el cerebro un tema escalofriante.

—Póngase a meditar sobre el siguiente tema: «Confidencias de Eva después de la experiencia matrimonial».

—La revista garantiza la legitimidad de todas las confidencias. ¿Qué esposa, salvo ser una lunática, me va a contar a mí nada interesante? Ninguna me dirá nada publicable. Y si la hubiera, su marido presentará rápidamente una querrela judicial.

—Puede eliminarse totalmente la posible reclamación del marido.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Una viuda.

—Claro, así no cabe la menor duda que no reclamará el interfecto. Pero no veo nada de interés en los cuentos que pueda inventar una viuda.

Vanberg disfrutaba enormemente. Estaba demostrando al más original de sus colaboradores, que él lo superaba.

Adoptó un tono indiferente para especificar:

—Los niños, los borrachos y los dementes son los que dicen las mayores verdades, ¿no?

—Lo juro, porque soy una mezcla de estas tres cualidades. Soy un niño grande, ferviente entusiasta del Vaporoso estado iluminado que concede el buen coñac, y mis acreedores me consideran un demente.

—Ahórreme sus confidencias, mi estimado Silvester. Desgraciadamente, le conozco sobradamente. Volvamos a las viudas.

—Una viuda, aun en la misma India, ha rebasado la infancia, y aunque beba para tratar de olvidar a su difunto marido... ¡Ey, un momento! No me diga que además de viudas las quiere locas.

Satisfechísimo afirmó Vanberg:

—Exacto. Ésta es la idea. Elija cualquier sanatorio psiquiátrico. Escoja una viuda joven y bonita que pueda aparecer radiante en la sección gráfica y tenemos ya material sobrado para el primer reportaje de la serie.

—¿De la serie? Ah, conque piensa en una serie. A mí, personalmente, me parece cruel.

—Más cruel sería que le dijese yo al cajero que cerrase la

ventanilla apenas le viese asomar, ¿no, mi estimado Silvester?

—¡Sádico Nerón abusador! —gritó indignado Silvester.

CAPÍTULO II

El grito indignado lo emitió Silvester cuando ya estaba a solas en el interior de su coche, conduciendo hacia su bar favorito.

Para desfogarse siguió increpando al ausente Lee Vanberg.

—Eres tú el que debería estar en una celda acolchada, mi estimado Lee. Posees la imaginación desquiciada de un sátrapa del papel impreso.

Poco después, a la segunda taza de café y tercera de coñac, Silvester pensó afectuosamente en Lee Vanberg.

Personificación del Mecenaz generoso, porque además de concederle un crédito monetario, le proporcionaba ideas verdaderamente geniales.

De los cinco anuarios telefónicos de San Francisco, pidió el correspondiente a zonas residenciales exteriores.

Volvió a echar un vistazo a las notas de su libreta, de acuerdo a las últimas instrucciones de Vanberg.

«Nada de inventar viudas dulcemente demenciales.

»Las exijo legítimamente perturbadas.

»Extirpe confidencias demuestren que pérdida amor
conjugual causó alteración psíquica».

El primer problema consistía en acertar con el sanatorio psiquiátrico que le ofreciera mayores garantías, desde aquel muy particular punto de vista, porque no estaba dispuesto a recorrer todos los manicomios femeninos de la ciudad, que parecían abundar y...

—No recuerdas la dirección de tu actual alcoba-estudio y tratas

de localizarla en el listín, ¿a que sí?

El flaco individuo que hablaba acababa de sentarse, apuntaba un esquelético índice hacia el grueso anuario abierto sobre la mesa.

Kurt Bickford, columnista de la sección «Procesos Criminales», de la cadena editorial «amarilla», tenía aspecto de un alambre con cara de rana amargada.

Manifestó Silvester:

—Dime dónde puedo dar con lo que busco, sabihondo. Una residencia de reposo, femenina, para curar trastornos mentales de esos que llaman nerviosos.

—¿Para tu última novia?

—Para tu abuela. Ha de ser un sanatorio exclusivamente para mujeres, y con un director que no me haga internar a mí cuando me presente yo con mi petición.

—¿Es para un crucigrama?

—Casi. Necesito urgentemente encontrar un sanatorio mental femenino que reúna ciertas condiciones.

—Hasta hoy te consideré incluido en el censo llamado masculino. En fin, tenue es el hilo que separa...

—Oye, hablo en serio. Trata de imitarme.

—Veamos. A lo mejor preparas una serie de confidencias sobre los orígenes de la locura femenina, la demostrada, o sea la de las Evas retiradas de la circulación. Y quieres un director que te atienda.

—Como reportero de este maldito *Cuatro Horizontes* y no como aspirante a cliente suyo. Y que, a ser posible, disponga de un surtido de viudas jóvenes y guapas.

Bickford miró con recelo los *tickets* bajo el platillo con la copa vacía.

Silvester arguyó:

—Estoy plenamente en mis cabales, colega Kurt. La orden del mando es alcanzar el siguiente objetivo: «Viuda, guapa, joven, apta para confidencias. Desquiciada y mixta de Julieta y la añorada Marylin».

—Pues no pides tú poco.

—Penosas exigencias para colocar mantequilla sobre nuestra rebanada cotidiana, me obligan a amoldarme a la tortuosa mente lectora de la clientela de la revista.

Bickford semejó más que nunca una gárgola maligna al replicar saltones los ojos y dilatada la boca en ambigua sonrisa:

—Has dado con el hombre adecuado en el preciso instante oportuno. Mójate el pulgar y en el listín consulta la «b» de bromuro. Anota la dirección de Barnet, Cecil, que regenta un local donde hallarás el material que necesitas.

Mientras Silvester hacía correr hojas, añadió Bickford:

—El bromuro lo vas a necesitar como sedante para tu nueva exploración de confidencias. Cuando Vanberg lanzó la revista, hubo quienes afirmaron que pertenecía al grupo de millonarios encasillados en la categoría de excéntricos porque son millonarios, de lo contrario les llamarían pura y simplemente, locos rematados.

—Envidia chismosa.

—También dijeron los chismosos que, para formar su plantilla de colaboradores, Vanberg exigía como condición previa un certificado de desequilibrio mental. ¿Te cazó al lazo o existe telepatía entre los manicomiabiles ambulatorios?

Anotada ya la dirección, emitió Silvester una risita cansina.

—Te reconcome la abyecta envidia, colega tribunalicio y porteril. Mi patrón... descubrámonos y saluda profundamente... tiene una gran virtud. Paga seguro. Y una vez recogido tu velado reproche, ¿es que acaso tú trabajas manipulando porcelanas?

—No me lo permite mi numerosa familia.

—Tienes la misma delicadeza habitual de los que vivimos de los asuntos ajenos. Tú aplicas el bisturí en los flemones de los procesos escandalosos, y yo busco confidencias allá donde puedan encontrarse y resulten interesantes.

—Pues las que vas a iniciar son de órdago.

—Ya que conoces al inquilino en jefe de la clínica Barnet, ¿por qué no me acompañas?

—Te di la mecha y tú vas a encenderla. No pretenderás encima que me coja a mí también la explosión.

—Explosión, explosión —masculló Silvester como despedida—. Valiente exagerado. Si no te conociese, diría que eres un acoquinado.

Conduciendo cuesta arriba hacia la Sexta Colina, Silvester reía a instantes, en nerviosas sacudidas.

Había visitado muchos sitios raros.

Pero era la primera vez que iba a penetrar en el poco tentador ambiente de un nido de Evas perturbadas.

Pensó que Kurt Bickford era un manantial de informaciones, pero adolecía de un defecto. Truculencia.

Adoptaba una carátula enigmática hasta para ofrecer una cerilla.

En soliloquio de concentración preliminar, Silvester fue preparándose una defensa:

—No pretendo publicar sensacionalismos de mal gusto, doctor Barnet. Nada de material «explosivo» y candente para lectores malsanos, sino todo lo contrario. Quiero demostrar que el verdadero amor, el sólido, es el conyugal, que al ser truncado por la muerte del cónyuge adorado, provoca una romántica perturbación.

Cuando el coche, coronada la pendiente, se deslizaba por la amplia avenida, contraatacó como si fuera el doctor:

—Usted comprenderá, Silvester, que el proceso curativo de las viudas aquí sometidas a tratamiento por trastornos nerviosos, no puede ser perjudicado por preguntas que agravarían su dolencia, al evocarles un pasado feliz. Además, en mi *stock* no dispongo de viudas orates.

Rió Silvester agriamente:

—Vaya manera de embarcarme en senda escabrosa. En lo que me quede de vida, ya no podré reírme al oír chistes de locos.

Aparcó un poco más allá de la verja sobre cuyo arco frontal se leía:

«HOGAR FEMENINO DE REPOSO»

«Dr. Barnet»

CAPÍTULO III

Visto desde el exterior, aquel parque-jardín tenía la florida y alegre estampa de un pensionado para colegialas crecidas, pensó mientras apoyaba el pulgar en el timbre.

Nada de tipos atléticos con bata blanca y falsa cara amable, deambulando por las alamedas entre el césped.

Sólo parejas o tríos femeninos, paseando tranquilamente, algunas con libros bajo el brazo.

Sintió el primer estremecimiento de inquietud.

La morena de aspecto patricio que se aproximaba, ¿era guardiana... o inquilina?

Todo aquello era un galimatías sicodélico.

Sería mejor renunciar y exponerse a las iras sarcásticas de Lee Vanberg.

La matrona deportivamente revestida de jersey blanco, pantalón azul y zapatos de golf, decía impasible:

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece?

—Desearía ser recibido por el doctor Barnet.

La matrona abrió y apenas hubo pasado Silvester, volvió a cerrar con su llave.

No hizo la menor pregunta, limitándose a preceder al visitante.

Junto a un parterre de rosas blancas, una joven de esbeltez rayana en la esquelética angulosidad de una modelo, examinó a Silvester con una sonrisa etérea, sutil, como la misteriosa mueca de una Gioconda vestida por un modista parisino.

Silvester correspondió amablemente. Pero algo más adelante, se le truncó la sonrisa diplomática.

Una morena, otoñal, rolliza, le asestaba una mirada homicida, fruncidas las cejas.

Silvester apretó el paso.

Emparejó con su guía bajo el porche de la galería florida.

Ambos entraron en un amplio vestíbulo decorado en tonalidades claras. Se dirigían rectamente hacia las puertas laterales, ante una de las cuales, que acababa de abrir la robusta enfermera, permaneció Silvester titubeando.

Era grotesco, pero sentíase enormemente nervioso.

—Le recibirán al instante, señor.

Avanzó por la salita y desde fuera cerraron la puerta.

El mobiliario era de color sonrosado y blanco, haciendo juego con los tapizados.

Las paredes, estucadas lucían cuadros de flores.

Abrieron otra puerta, y se dirigió hacia ella.

Nadie la había abierto, pero dedujo que se trataba de un resorte pulsado por la mujer sentada tras la mesa de aquel despacho exquisito.

Dominaba la línea curva y el color crema.

Tras la mesa, la mujer, de unos treinta años, manejó las gafas de concha a modo de indicador hacia el sillón situado a un lado, en el que se sentó Silvester.

—Buenos días, señor...

—Mark Silvester, señorita.

No había alianza ni anillo en ninguno de los dedos bien torneados, de uñas color perla.

—¿Su visita obedece a consulta relacionado con alguna persona de su familia o amistad?

—Oh, no, no es precisamente personal la cuestión que me trae y preferiría tratar directamente con el doctor Barnet.

—Yo soy el doctor Barnet.

—¿Cecil?

—Es ambisexos al igual que Evelyn, por ejemplo.

—Ah, bien. Hubiese tenido que adivinarlo. En fin, el asunto es algo delicado. Verá... De costumbre me achacan un exceso de confianza en mí mismo, pero ahora me embarullo porque tengo consciencia de que puedo ser juzgado equivocadamente.

Se colocó ella las gafas.

No ganaron amabilidad sus ojos azules.

No era fea, pero pertenecía al género que Silvester execraba.

Al de las altivas y desdeñosas que al ver aparecer a cualquier bípedo del sexo opuesto, dan la impresión de estar contemplando las torpes evoluciones de una babosa que está manchando la alfombra.

Quizá por ello mismo recuperó Silvester su habitual aplomo.

—Resumo el motivo de mi presencia, doctora. Tengo que escribir unos artículos.

Acrecentado el hielo azul tras el cristal de las gafas, preguntó ella:

—¿Periodista?

—Una vez por semana, en una revista discreta, patrocinada por un filántropo. No intento escudriñar teorías científicas ni métodos de tratamiento, sino simplemente verificar una encuesta romántica, pongamos por caso acerca de una enferma por trastorno amoroso.

—Pongamos por caso, como dice usted, que tuviera en esta casa de reposo a una persona que le inspirase afecto. ¿Le gustaría leer algún reportaje sobre ella?

—¡Ahí está lo que pretendo evitar! No quiero herir la susceptibilidad afectiva de nadie. Puede que tenga la suerte de encontrar entre sus... clientas, a una joven sin familia, sin marido. Por ejemplo. Eso es. Una viuda.

La doctora Barnet quitóse las gafas.

Silvester se reprochó tener los nervios a flor de piel.

Le había parecido vislumbrar en los ojos azules un destello irónico.

—La Prensa es el «gran poder», con mayúscula, y basta negarse a sus requerimientos para que se convierta en suspicaz y molesta. Es preferible aceptar. Tenga la amabilidad de darme el número de teléfono de su editor para el caso de petición de responsabilidades.

Tendió Silvester la tarjeta en que constaba el número particular de Lee Vanberg.

La doctora introdujo el remate de un lápiz en el disco del aparato blanco, y mientras daba los giros correspondientes a la conexión, Silvester se hizo una confidencia mental.

La poseedora del nombre apto para todos sexos le inspiraba ideas poco caritativas, casi sanguinarias.

—¿Óigame...? ¿El editor Lee Vanberg? Doctora Barnet al habla.

Unos instantes y añadió ella:

—Acepto la petición de su reportero en el bien entendido que no autorizaré ninguna publicación que no esté revisada y aprobada con mi propia firma, señor Vanberg.

Escuchó un momento y dijo:

—Gracias. Buenos días.

Colocando la filigrana en su delicada concha, manifestó:

—Su editor le considera sumamente diplomático. ¿Ha elegido ya a la viuda que se dispone a entrevistar?

Algo confuso meditó Silvester que todo se le estaba antojando misterioso desde que había entrado.

¿Por qué en la pregunta vertía ella tanta ironía?

—Verá. No se me escapa lo que de pueril pueda tener mi visita, pero soy esclavo de mi deber. Necesito... Bueno, deseo entrevistar a una viuda fotogénica, que no ofrezca un triste y respetable espectáculo. Y quede claro que no soy un individuo grosero ni cerril.

—Estoy convencida de ello.

—Gracias. No quisiera provocar en la enferma ningún trastorno complementario, sino sólo conversar, tanteando, acerca de sus recuerdos matrimoniales.

—¿Finalidad de su reportaje?

—La intención es demostrar que nuestra época, por atómica que sea, no es tan escéptica como la pintan los tremendistas, y deseo demostrarlo a través de una mujer que por amor... En fin, espero que usted asimila perfectamente mi propósito.

—Y usted debe también comprender que esto no es un manicomio, sino una institución médica dedicada al tratamiento de trastornos nerviosos transitorios.

—De todos modos, en presencia suya, me bastará con una señal cualquiera, por si mis preguntas provocasen malestar en la... paciente.

—Creo que Evelyn Farnum reúne las condiciones que desea.

—Magnífico.

—Evelyn Farnum posee la afabilidad de una mujer de demostrada mundología. Ya conoce usted su historia.

—Absolutamente nada.

De nuevo los ojos azules condensaron ironía elevada a la enésima potencia.

—¿No lee la Prensa, señor Silvester?

—Dicen que el pastelero como postre toma caldo. Aplíquese lo mismo al periodista. ¿Acaso salió Evelyn Farnum en titulares grandes?

—Con este apellido que es el de soltera, no. Le acompañaré hasta sus habitaciones del pabellón especial.

Ya en pie, inquirió Silvester receloso:

—¿Especial?

Fuera del despacho, caminando por el largo corredor, la doctora Barnet, sin volverse, expuso:

—La fortuna de Evelyn Farnum le permite sobradamente disponer del mejor pabellón de mi establecimiento sedativo. Recibe alguna que otra visita, y en todo, se comporta normalmente.

—Entonces, ¿por qué eligió, o le eligieron, pabellón con enfermera y doctora?

Cecil Barnet, en el centro del vestíbulo circular y posterior del edificio, señaló la única puerta a la izquierda.

—Le abrirá la dama de compañía. Dígale que yo le he concedido permiso para hablar a solas con Evelyn Farnum.

—Muchas gracias. Y colmaría mi gratitud, si mi pregunta recibiese respuesta, doctora.

—Es cierto. Olvidaba que usted no consume los pasteles que elabora. Evelyn Farnum, viuda de Albert Men Wei, conocido por Nácar King en todo el litoral asiático y el barrio oriental de nuestra ciudad, es absolutamente normal en todo, salvo en una manía.

—¿De orden peligroso?

—No, no. Sentimental. Persiste en mostrarse reacia a aceptar su viudez.

—Pero... Los médicos debieron certificar la defunción de Albert Nácar King.

—Con toda clase de certificaciones legales y forenses. Pero cuanto quiera saber lo averiguará muy fácilmente de labios de la propia interesada.

Silvester, a solas, tuvo la sensación de haber recuperado su condición de ser humano normal.

Ya no se sentía un gusano repulsivo bajo la superior observación de la doctora Barnet.

Fue a dar unos toques suaves con los nudillos, en la puerta tras

la que se hallaba la trastornada viuda del difunto Albert Men Wei,
rey del nácar.

CAPÍTULO IV

No resultaba anormal en San Francisco con un censo de población china superior a los cincuenta mil residentes, que la dama de compañía de la perturbada viuda de un oriental perteneciese a la raza de ojos oblicuos.

Un ejemplar frágilmente delicioso, de boca como una cereza, negrísimo fleco sedoso sobre la frente y ríen te sabiduría en los sesgados ojos de negra laca.

—La doctora Barnet permite que la señora Men Wei me conceda una entrevista a solas. Puede anunciarme como periodista. Ésta es mi tarjeta. Muchas gracias.

—A usted, señor.

Desde el recibidor la portadora de la tarjeta desapareció tras una cortina verde jade, para reaparecer apenas transcurrido un minuto.

La misma sonrisa suave, y manteniendo apartada la cortina, hizo una pequeña reverencia que era asentimiento.

Mark Silvester recordó la vez que había intentado sacar confidencias a Tulio Lázzaro, semanas antes que la policía en pleno.

Estaba entonces más a sus anchas que ahora al avanzar por el salón-estudio hacia la mujer que, de espaldas, arreglaba en un jarrón colocado encima del negro piano de cola, unos tallos de nardo.

Una espléndida melena rubio cobre, destacaba por contraste con el bolero de negra angorina.

Un pantalón de sedosos reflejos nacarados, sujeto prietamente en los tobillos y unas chinelas de raso blanco, y alto tacón.

Evelyn Farnum se volvió.

Un semblante de muñeca bobalicona, de candidez rayana en la estulticia y sin embargo, agradable de contemplar.

—Buenos días, señor Silvester. Es periodista y la doctora le permite verme a solas. ¿Desea beber algo? Sírvaselo usted mismo.

Con lánguido ademán tendió ella la mano blanquísima y gordezuela hacia el mueble licorero.

Sentóse la viuda en el taburete del piano.

Silvester meditó que, además de que le vendría bien un coñac, haría más natural su visita.

Le tembló un poco la copa al oír la repentina carcajada trémula de Evelyn Farnum.

Echada hacia atrás la copiosa mata de tonalidad oro viejo, presentaba ella en escorzo atractivo la lozanía de su figura densamente femenina.

Silvester decidió sonreír interrogante.

Ella, reclinada hacia atrás, apoyóse de codos en la tapadera de ébano que cubría el teclado.

—Tiene que disculparme, señor Silvester, pero una de mis predilectas lecturas es todo cuanto se refiere al cine y la televisión. Tiene usted un extraordinario parecido con un actor especializado en papeles de cínico, duro y propenso a matar mujeres.

—Me ofrecieron doblar a Terence Stamp, pero sólo para las escenas en las que tenía que recibir toda clase de golpes. Preferí abstenerme. Y siempre repito que nunca la cara es el espejo del alma. ¿Me permite fumar?

—No esté cohibido, periodista. Pregunte lo que quiera con absoluta libertad. Estoy dispuesta a responder cordialmente si las preguntas son bien intencionadas.

—Por completo, señora Men Wei. ¿Conoce la revista *Cuatro Horizontes*?

—He leído en ella interesantes confidencias de estrellas.

—Magnífico. He pensado que sus opiniones sobre el amor resultarán extremadamente interesantes. Dígame, por ejemplo... ¿cuál cree usted que es la misión de la esposa perfecta?

Aguardó apoyada la punta del bolígrafo sobre la hoja de su libreta. Fue trazando los signos taquigráficos.

—Una esposa perfecta debe esmerarse en ser el refugio seguro donde el marido encuentre cualquier clase de albergue siempre que lo desea y necesita.

—Excelente definición.

—No es mía. Me la apuntó cierta vez Fred.

—¿Fred?

—Sí. Fred Lombard, el hermanastro de Nácar.

—Ya. Pero usted tendrá su concepto personal de las obligaciones y derechos de toda esposa.

Evelyn Farnum sacudió pensativa su abundosa masa capilar.

Silvester empezó a sospechar que era imposible que aquella muñeca bonita pudiese estar trastornada.

Los cráneos huecos o rellenos de serrín, no podían sufrir alteraciones en una inteligencia inexistente.

Por fin, cerrados los párpados, susurró ella:

—La esposa ha de saber disipar todas las ansiedades y malos humores del hombre que la honró elevándola a la categoría de esposa.

—Espléndido.

—Esta definición me la repitió distintas veces Nácar.

—Y lógicamente, usted compartió su parecer.

—Nácar me conoció en Hong Kong. Me fascinó su exquisita cortesía. Me enamoré profundamente y nadie pudo acusarme de cálculo, porque si bien Nácar posee millones, mi fortuna personal me protegía contra toda sospecha de materialismo.

—Habla usted en presente de... su difunto marido.

—Todos los peritos forenses procuraron con buenas palabras obtener mi conformidad, pero yo siempre me he negado a admitir que fuese Nácar el cadáver que «reconstruyeron».

—Perdón... ¿Dijo, reconstruyeron?

—Esto dije y mantengo. He vivido en ciudades chinas, he tenido relaciones sociales con descendientes de refinados mandarines, y aquí mismo, en esta ciudad, he conocido personalidades chinas en cuyas moradas existen rincones que ningún blanco visitó ni visitará. Pero me estoy apartando del tema que le interesa.

—Todo lo que me diga, interesará a los lectores.

—¿A usted no? —Y sonrió ella con tierno mohín lindante con la memez.

—También, y mucho. Ahora bien, si los técnicos admitieron por unanimidad que el señor Men Wei había muerto, debe resignarse a aceptar la verdad inexorable. Aunque estimo conmovedora su actitud que demuestra todo el amor que le profesó.

—¿A quién?

—Al señor Men Wei, lógicamente.

Volvió ella a reír con su peculiar carcajada trémula.

Poniéndose en pie, jugueteó con el lazo blanco que orlaba el redondo escote del negro blusón, donde la gasa tenía arabescos de terciopelo.

Silvester apartó el bolígrafo del bloc.

Estaba convencido que lo que iba a oír no sería publicable.

Pero ella decretó suavemente:

—El amor es hermano del odio.

—¿Lo dijo Fred, Nácar o lo declara usted?

—Cuando entró, le supuse uno más de estos periodistas intrépidos que vienen en busca de los misterios orientales. Me aburro mucho y acepté la diversión. Pero francamente, ya que intenta escribir un reportaje para uso de esposas enamoradas, le causaré una decepción a cambio de un favor. Váyase.

—¿Eh? No entiendo...

—Váyase y si alguien le pregunta por qué vino a visitarme, conteste sobre todo con la pura verdad. Vino a intentar un reportaje de confidencias amorosas. No lo obtuvo. Hágalo así, si es interrogado y se evitará contratiempos peligrosos.

—¿Contratiempos, exactamente de qué clase?

—De los que podrían dejar viuda a su esposa. Buenos días.

Se volvió ella de espaldas para alzar la tapa del teclado, y pulsar unas notas.

Pero antes que se desgranase la musiquilla oriental, oyó Silvester un leve susurro.

Algo que se cerraba en el espacio entre dos miniaturas colgadas sobre el mueble licorera, en los paneles imitando losetas en rombo.

—¿Puedo rogarle que me conceda unos instantes más señora?

Como respuesta, tecleó ella con mayor frenesí, *in crescendo* a medida que él alzaba la voz.

Renunciando, dio Silvester media vuelta.

Apartó la cortina y en el recibidor le dedicó una pequeña reverencia la dama de compañía, manteniendo abierta la puerta.

Al avanzar, tres interrogantes alentaban en la mente de Silvester.

¿Quién estuvo escuchando descorriendo uno de los rombos de

madera desde el otro lado del tabique?

¿La doctora Garner?

¿Aquella preciosidad de marfil y laca?

—Dígame, ¿la señora Men Wei vino aquí voluntariamente o aconsejada por alguien, Flor de Loto?

—Mabel Tsao Ming le saluda, señor Silvester. Buenos días.

—No publicaré nada. Es simple indagación personal, Mabel.

—La señora Men Wei vino aquí voluntariamente.

—¿Se consideraba en peligro en el mundo exterior?

—Ignoro el pensamiento de la señora Men Wei.

Sonrió Silvester ácidamente.

Había tenido el temor de herir susceptiblemente, y se encontraba metido en plenos «misterios chinos», por casualidad.

¿Por casualidad? Le había enviado aquel tunante de Bickford.

Y la doctora dio por descontado que venía a hacer indagaciones de tipo detectivesco, que no le interesaban.

—Adiós, Flor de Loto. Me agradecería algún día hacerle una entrevista sobre los arpegios de un bambú cimbreado y amoroso.

Mabel Tsao Ming, fue cerrando lentamente la puerta, risueños los oblicuos ojos, insinuante la golosa boquita pequeña.

Recuperó Silvester la noción de la vulgaridad, disipado el tenue efluvio exótico, al verse ante la robusta matrona deportiva.

Que dijo muy prácticamente:

—La doctora se despide de usted, recordándolo que ha de dar su visto bueno para el artículo. No puede despedirle personalmente, porque es la hora de la tertulia general.

—¿Incluida la señora Men Wei?

La secretaria enfermera no replicó, encaminándose por otro corredor hacia la galería.

El parque-jardín aparecía desierto.

Traspuesta la verja, estimó Silvester que había sido un fracaso su primer intento de entrevistar a una viuda inconsolable.

Se detuvo sorprendido.

No había rastro de su «Mercury».

Donde lo dejó aparcado, arrimado a la acera, había ahora un «Cadillac», gris perla, de suntuosa carrocería.

Y un individuo elegantísimo, moreno, de cuadradas mandíbulas y amplias espaldas, bajaba del parado «Cadillac», para avanzar

rectamente a su encuentro.

CAPÍTULO V

En pleno mediodía, con coches circulando y peatones, aunque escasos, no existía razón lógica para experimentar la extraña sensación que desconcertaba a Mark Silvester, viendo acercarse al elegante desconocido.

Debía ser la influencia de sus nervios tensos lo que le hacía relacionar la desaparición de su coche con la última advertencia de Evelyn Farnum antes de aporrear el piano.

El desconocido saludó afablemente:

—¿Cómo está usted, Silvester?

Sin esperar respuesta, añadió:

—Será ventajoso para todos que acepte unos consejos amistosos.

Señaló Silvester hacia el ostentoso «Cadillac».

—¿Ha mirado bajo su carroza? Allí dejé yo un humilde «Mercury».

—No se inquiete por su cacharro. Tomó el volante Kurt Bickford con el cual sostuve una charla amistosa. Encontrará a su colega Bickford y su «Mercury» en la cafetería Charlie. Puedo dejarle allá.

—Pensaba decirle que todo esto rae huele a raro y poco corriente, pero me abstengo.

Los aterciopelados ojos de largas pestañas casi femeninas, tuvieron un parpadeo aprobador.

Silvester avanzó hacia el «Cadillac» convencido de que su muy fotogénico usuario no tenía nada del vulgar perdonavidas, ni era un maniático haciéndose el misterioso.

Sentóse junto al volante y al arrancar en blando impulso el lujoso coche, dijo Silvester:

—Pudo Bickford esperar a que yo saliera. Así usted no habría tenido que molestarse en aguardarme. Y a todo esto, ¿le sería igual

recordarme dónde nos conocimos y quién es usted?

—Acabamos de conocernos. Soy Fred Lombard, cuñado de Evelyn, la enferma a la que acaba de visitar.

—Felicitaciones, no sé a quién, pero de todos modos, enhorabuena por su poder de adivino.

—No es nada extraordinario. La doctora tiene orden de comunicarme cualquier visita que reciba Evelyn. Soy su único familiar y pretendo impedir que los periodistas trastornen aún más a mi cuñada.

—Su actuación como familiar único es justificada, pero no acabo de asimilar la relación existente entre la desaparición de mi coche la de Bickford, y su aparición.

—Bickford le aguardaba a usted, seguramente para averiguar lo que había divagado Evelyn. Me conoce sobradamente Bickford. Me contó una historieta imbécil, acerca de reportajes con viudas locas. Recabó para él mismo toda la responsabilidad. Dijo que fue él quien le envió al sanatorio de la doctora Barnet. Yo, personalmente, respeto todos los oficios, pero no tome a mal un consejo amistoso.

Frenó Lombard al tomar el primer viraje en la pronunciada pendiente hacia abajo de California Road, y detuvo el «Cadillac» arrimándolo a la acera derecha de una transversal.

Se acodó en el respaldo, para seguir empleando su tono persuasivo:

—Mi cuñada tiene derecho a restablecerse. Eligió un pabellón en el sanatorio de la doctora Barnet para que la dejaran en paz preguntones importunos. Si es cierto que usted tiene la absurda intención de interrogar a mujeres trastornadas, busque por las numerosas asociaciones de Protectoras o sectas por el estilo, que abundan en nuestra ciudad, y olvídense por completo de Evelyn.

—En la constitución existe un artículo que afirma que los ciudadanos tienen derecho a circular libremente, mientras no infrinjan ninguna ley. ¿En qué código se basa usted para indicarme mi camino?

—En el del buen gusto. ¿Le basta?

—Me bastaría, si no fuera por su tono, Lombard. Fíjese en un detalle. Desde pequeño bastaba que me prohibieran una cosa para que no parase hasta hacerla.

—¿Y cuál era el resultado?

—La paliza padre.

—Entonces, si ya conoce los resultados, no hay más que hablar. Buenos días, o hasta la vista.

Titubeó Silvester un instante, porque le exasperaba la calmada tranquilidad con la que aquel Adonis especificaba que, si repetía su visita a Evelyn Farnum, el resultado sería el mismo que cuando de niño hacía lo que le prohibían.

—Al despedirme de su cuñada, mi sincera intención era tratar de olvidarla y buscar por otras zonas. Pero usted ha empleado el peor sistema, el más contraproducente conmigo.

Sin elevar la voz, Fred Lombard invitó:

—Baje, Silvester. Encontrará su coche al final de esta calle. Si es inteligente, borraré de su memoria a Evelyn y a éste, su seguro servidor.

Al borde de la acera, perdiendo ya de vista al «Cadillac» gris, alzó Silvester la mirada. Contempló el edificio oriental de cuatro aleros superpuestos, incurvados. Un templete dedicado al culto budista.

Señalaba el principio del Distrito Chino, extendiéndose desde Golden Transverse hasta los Muelles Orientales. Cuatro kilómetros de diámetro. Más de cincuenta mil oriundos y mestizos de China.

Los restaurantes

shop-suey

, alternaban con *drug-stores*, también con personal chino. En lo que iba viendo predominaba ya esta raza.

De pronto, para Silvester, Chinatown ya no era sólo un extenso barrio en el que residían orientales, y acudían marinos, turistas y ciudadanos en busca de exotismo.

Era también, para él, un terreno inexplorado donde vivió un tal Nácar King.

Localizó al Charlie porque en el estacionamiento vio su «Mercury». Un bar como cualquier otro, salvo que todos los camareros eran chinos.

Y le pareció que había sombras chinescas hasta en el semblante de rana maquiavélica de Kurt Bickford, sentado en uno de los compartimentos cuadrados, con tabiques a metro y medio del suelo, a un lado de bar.

Kurt Bickford paladeaba con melancolía su *mint julep* donde el

whisky de maíz se mezclaba a hojas de menta y hielo triturado.

Guardó silencio mientras sentándose, encargaba Silvester un doble de coñac luisiano.

Estaba decidido a no pedirle la menor explicación a Bickford. Era el único sistema que conocía para conseguir que el otro se explicase.

Opinó Bickford:

—Empieza a apretar el calor, ¿a que sí?

—Suele ocurrir cada año, cuando empieza el verano.

—Percibo vibraciones metálicas en tu armoniosa voz, muchacho.

—Será repercusión de la electricidad atmosférica.

—¿Te molestó que cambiase de sitio tu cacharro?

—Lo que me revienta es que me empleases como globo de ensayo. Me das una dirección, convencido de que apenas pregunte por una viuda, la doctora llamará a Lombard. Si tuvieras una lejana idea de una palabra llamada vergüenza...

—Seguiría siendo un modesto poeta hambriento.

—Sabías que Lombard me esperaba para meterme miedo.

—Y queda demostrado lo que me interesaba. La policía y la Prensa dieron por loca a Evelyn cuando ella no quiso identificar los restos de Nácar King, alegando que cualquier descendiente de los antiguos cirujanos chinos, tomando por modelo a Nácar, podía reconstruirlo con piezas sueltas de otros cadáveres... ¿Qué tal aguanta tu estómago? Sólido. Olvidaba que antes de venderte a Vanberg, eras gacetillero visitante de Depósitos de cadáveres.

—¿Cómo murió Nácar King?

—Su coche se atravesó en la vía férrea, en Carmel. Como es natural, lo recogieron con una espuerta, colocando un número en cada trocito. El forense especialista en recomponer estos rompecabezas, fue cosiendo y quedó bastante satisfecho de su labor. Los trocitos ordenados numéricamente, dieron nominalmente la exacta reproducción de Nácar King, fallecido triturado por una serie de ruedas a partir de una locomotora hasta el último vagón.

—¿Qué argumentó Evelyn para justificar que su marido intentase hacerse el difunto?

—Nada concreto. Tocó la flauta china, los tenebrosos misterios orientales, Fu-Manchú y toda la lira. Los policías convocaron a unos psiquiatras. Todos se pusieron de acuerdo en dictaminar que Evelyn

estaba como un cencerro.

—¿Amaba a su esposo?

—Montones de conocidos de Nácar, dijeron que sí.

—Fred Lombard no tiene ni sombra de confuciano.

—La madre californiana de Albert Men Wei, al enviudar, se consoló matrimonialmente con John Lombard capitán de marina. Salió Fred Lombard.

—Aparte de asustar a periodistas, ¿a qué se dedica Lombard?

—Administrador general de los vastos intereses comerciales de la compañía Men Wei. La policía descartó tajantemente cualquier coincidencia entre la muerte de Men Wei y su hermanastro Fred.

—Pero ahora es el amo Fred.

—No. Sigue siendo administrador. Los herederos son los Men Wei que no aceptan la civilización occidental y que están al frente de las pesquerías de «troca».

—¿Eso con qué se come?

—La troca es un molusco que es la base de la industria del nácar. Los sampanes Men Wei pescan la troca, le quitan el nácar y lo remiten en barcos Men Wei a los almacenes Men Wei cuyo administrador es Fred.

—¿Heredó Evelyn?

—Solamente la casa de la Tercera Colina, joyas, y cuenta corriente.

—Dijiste que la aparición de Fred te demostró algo. ¿Qué?

—¿Teme Evelyn a Fred o viceversa? Primer punto extraño. Cuando avisaron a Evelyn que su difunto estaba ya en condiciones de recibirla, ella dijo que aquél no era su Albert, que se lo habían cambiado. El forense hizo una conferencia doctoral sobre los datos infalibles; como eran plasma sanguíneo, lesión cardíaca, osamenta, peso específico..., todo era legítimo Nácar King. Todos lo habían identificado. Menos Evelyn.

—¿En qué fundaba ella su negativa?

—Divagó. Que si Albert era muy raro, que si en muchas mansiones chinas siguen teniendo criados descendientes de cirujanos chinos que heredaban misteriosos procedimientos y profundos conocimientos de anatomía aplicada, en laboratorio especial.

—¿Qué interés podía tener Nácar en encargarse de trozos de muerto

idénticos a los suyos?

—Evelyn emitió una risita entre chillido conejil y llantina asustada. Entonces acudieron a escape los de la Brigada Demencial. Aconsejaron a Evelyn una temporada de cambio de aires, reposo y calmantes. Ella misma, voluntariamente, empuñó el volante y fue a pedir un pabellón personal a la doctora Barnet. Y Fred aparece apenas cualquier persona, o un periodista visita a Evelyn. Yo fui a visitar a Evelyn.

—¿Qué impresión te causó?

—Coge una coctelera y vete echando, primero, natillas bien batidas, suculentas. Después, exprime una fruta preciosa, sin sabor. Añade un poco de pimienta y agita. El resultado es Evelyn.

—¿Mentalmente?

—La pobre es tonta, mema y demás adjetivos similares.

—¿Qué te dijo Fred cuando salías del sanatorio?

—«Bickford, deje en paz a mi pobre cuñada que bastante sufre». Le repliqué que Evelyn no demostraba ser una viuda patética, inconsolable, sino una viuda tonta y asustada. Entonces él me dijo: «Si es inteligente, busque usted chismes en otra dirección». Yo tengo la dosis mínima de valor necesario para no ser un asqueroso cobarde. Adiviné que si volvía al sanatorio, no tardaría en visitar una clínica, pero en camilla.

—Y me enviaste a mí.

—Me pediste una viuda bonita y que estuviera como una chiva.

—Y ahora, ¿qué hemos obtenido? Nada. Nada en claro.

—Pero ya somos dos. Estamos como la viuda. Nos olemos algo raro. Ella se recluye y Fred ronda amenazador. No son pruebas ante la policía. Pero esta mañana al mencionar tú el reportaje que planeabas...

—Alto. Lo planeó Vanberg.

—Vanberg te pidió viudas locas. Yo fui el que te envié a casa de la doctora Barnet. Y ahora, ¿hay misterio que no ha olido la policía? ¿O sólo existe un toque de cencerro en el frágil seso de la viuda mema?

—Pero tú, endiabladamente listo, harías tus investigaciones privadas.

—Hice una lista. Luego medité que tengo cuarenta y tres años, y pretendo llegar por lo menos a los sesenta. Dejaré para otro la

espeluznante faena de internarse por este laberinto chino.

—¿Se puede ver tu lista?

—Ya que insistes...

Kurt Bickford arrancó una hoja de bloc.

En ella había siete nombres en mayúsculas y algunos signos taquigráficos.

—Están por orden alfabético. Todos reconocieron en el muerto recosido a Nácar King. Una de estas siete personas tiene la clave del enigma. Y ahora me voy. ¿Me llevas?

Instalado en el «Mercury» comentó Silvester:

—Si hubiese algo turbio en estos siete testimonios, la policía ya lo hubiera detectado.

Apoyada la hoja sobre el centro del volante, leyó Silvester en voz alta:

—JOSSY ALONSO.

—Puede que sí, puede que no.

—El tipo más pintoresco que te puedas echar a la cara. Tiene una pierna ortopédica, un loro por amigo, y es capataz del Muelle Oriental, de los estibadores al servicio de los almacenes Men Wei. Ex navegante de los mares asiáticos, se dejó la pierna en Hong-Kong.

Era el hombre de toda confianza de Nácar King. Es un personaje digno de estudio.

—¿Por qué no lo estudiaste tú?

—Jossy Alonso, californiano descendiente de mexicanos, es simpático. Pero tuvo una existencia accidentada. Posee su propia moral.

—Por lo tanto, si le digo que me siento intrigado y que olfateo misterio en la muerte de Nácar, si es que *hay* misterio...

—Jossy Alonso te considerará menos importante que los cañamones que se traga su loro.

—¿Dónde encontraré a Alonso?

—Empieza por otros menos peligrosos de la lista, y así, si hay algo podrido en la cesta, vivirás más tiempo, muchacho.

—Conserva tu lista y vete dictándome. Si perezco en el laberinto chino, podrás dar tu lista a otro mentecato.

Fue dictando Bickford:

«Jossy Alonso, capataz de estiba de Men Wei.

»Irma Brown, periodista especializada en Chinatown.

»Noel Lacey, detective privado al servicio de Nácar King.

»Garvin Millard, el hombre duro del sindicato portuario oriental.

»Magnolia Men Wei, resentida prima de Nácar.

»Lun Prevost, mestizo chino-francés, ayuda de cámara de Nácar.

»Mabel Tsao Ming, inseparable de Evelyn».

CAPÍTULO VI

La dirección del capataz Jossy Alonso era el número 153 de Barbarian Setlements. El ático.

La larga avenida Barbarían era paralela a la marítima bordeando los muelles orientales.

El timbre del zaguán correspondiente al ático, no daba señales de vida. Del quiosco porteril surgió un chino, vistiendo tejano, camisa a cuadros y calzando mocasines de rafia.

—¿El capataz Alonso?

—Salió hace minutos.

—¿Sabe dónde iba? —Y entre los dedos enrollaba Silvester un billete.

—No estará lejos, porque fue hacia allá.

Asomándose a la calle señaló el chino un punto vago al fondo de la avenida.

—No le conozco personalmente. ¿Puede describírmelo?

—Gorra azul, de visera, jersey a rayas blancas y negras, pantalón azul. Arrastra la pierna izquierda. Siempre lleva al hombro a «Baco», un loro muy hablador.

—Gracias. ¿Iba a cenar?

—Me dijo que pensaba atizarle un susto a cualquier tabernero de raza polaca.

El billete de Banco pasó a propiedad del chino.

Silvester apretó el paso, acelerando al divisar a un individuo que arrastraba la pierna izquierda y llevaba al hombro un amasijo de plumas multicolores.

Recuperó el paso normal en el callejón poco iluminado, viendo bajar unos peldaños al cojo capataz de Men Wei.

Los peldaños daban acceso a una taberna. Permaneció Silvester

a un lado de la abierta ventana. Quería saber en qué consistía «atizarle un susto a un tabernero polaco».

Vio a Jossy Alonso sentarse, tendiendo la pierna izquierda.

Era el único cliente. Hacia él se dirigió un fornido individuo.

Oyó Silvester perfectamente la entonación cantarina de Jossy Alonso pidiendo:

—Para mí, un café, y para éste, con leche.

El tabernero miró el pulgar que Alonso dirigía hacia el loro.

—No tengo ni café ni leche.

—Entonces té para mí, y anís dulce para éste.

Agresivo preguntó el tabernero:

—¿Estamos de pitorreo o qué?

Una voz bronca, imperiosa, llamó desde el mostrador:

—¡Cantinerero! ¿Quién rayos despacha aquí?

—¡Ya voy, ya voy! —rugió el tabernero sin volverse.

Desde su observatorio, Silvester pestañeó asombrado.

En la taberna sólo estaban el dueño, el capataz y el loro.

—Oiga, marinero, si está borracho...

—Beodo, beodo —corrigió dignamente Alonso—. ¿Y quién quieres que entre aquí? ¿Una ursulina? Además, modera tu lenguaje yo te arreo un piernazo en toda la...

Una voz femenina, de vieja cascarrabias, cloqueó a espaldas del tabernero:

—¡Tengo prisa, buen hombre! ¡Venga! Un cuartillo de cebada y media libra de aceitunas negras.

El tabernero se volvió, furioso. Perplejo, escrutó el vacío.

Revolvióse agresivo, mirando al loro que se escarbaba una garra.

Resonó la voz del pajarraco:

—¡Yo no he sido, palabra!

El polaco desfrunció el ceño. Puestos los puños en las caderas, comentó:

—Como broma, tiene pase. Piqué el anzuelo, capitán. Usted es de esos que tienen varias voces... Los ventri... vientre...

—Ventrílocuos, Pulaski.

—Lo hace estupendo. Lanza la voz lejos. Parecía realmente un tipo con malas pulgas, una vieja exigente y después este animal. ¡Ay, carape! Usted es el capataz de los almacenes Men Wei. Bien, le voy a preparar un buen café. ¿Con leche o solo?

—Uno con leche y el otro solo.

El polaco desapareció en su cocina.

Silvester vino a sentarse tras la mesita vecina a la de Alonso.

—Buenas noches, capataz. Magnífica su exhibición de ventrílocuo. He llegado hasta aquí orientado por su portero.

El rostro apergaminado, donde los ojos grises escrutaban, se distendió en una mueca burlona.

—Deduzco entonces que me buscaba. Le presento a «Baco».

—¿Qué tal «Baco»?

El loro le asestó una ojeada furibunda. Ladeó más la cabeza para avizorar al tabernero que se aproximaba con un plato hondo como bandeja conteniendo una taza de café y otra de café con leche.

—A lo mejor el bicho quiere beber en el plato, capataz.

—Acércate, Kovac.

El polaco miró interrogante a Silvester que pidió:

—Un café con gotas de coñac.

Se alejó el tabernero. Alonso derramó café con leche en el plato.

—Me llamo Mark Silvester y soy periodista. Preparo una serie sobre personajes pintorescos de Chinatown. Aunque nativo de Frisco, reconozco mi total ignorancia de los ambientes auténticos. Me agradaría que aceptase ser mi guía y personaje de esta noche.

—Abundamos los personajes por Chinatown. ¿Conoce el Shangai Vol-Up?

—Ni idea.

El tabernero colocó el café ante Silvester que mostró un dólar, señalando la mesa del capataz y la suya. El polaco dijo:

—Los jóvenes elegantes inspiran hostilidad en este barrio. Usted busca exotismo en gente distinta a la que acostumbra a tratar. Ellos, a su vez le consideran exótico.

Poniéndose en pie, Alonso dio con el índice en el pescuezo del loro, que, abandonando la glotona succión del plato, saltó a su hombro.

—Le gustará el Shangai

Vol-Up.

Desfilan elementos aptos para rellenar toneladas de papel impreso. No está lejos. Dos puntos a estribor, Nordeste.

Remontados los peldaños, avanzando por la avenida, añadió Alonso:

—No entra quien quiere, sino quien puede, en el Shangai Vol-Up.

—¿Fumadero de opio?

—Somos ya mayorcitos para estas tonterías.

Giró a la derecha, penetrando en otro callejón. Los carteles luminosos ostentaban sólo caracteres chinos.

Ante el tercer umbral en semiarco, un portero uniformado de mandarín, saludó ceremonioso al pasar Jossy Alonso.

Había tres cortinas de junquillo. El capataz apartó la de la izquierda. En el corredor iluminado con farolillos, olía a incienso.

En el último tramo de escalera aguardaba una china de rostro laqueado en máscara de sólido blancor. Labios de bermellón, espeso «rimel», y un moño a modo de alfiletero para largos marfiles.

Un cruzado quimono de seda roja y blanca, rimaba con las gruesas suelas de sus sandalias rojas. Sonrió en silencio, antes de preceder en ligero contoneo a los dos visitantes.

Apartó otra cortina de junquillos, y Silvester entró en el palco donde cabían cuatro personas.

Una celosía de listones cruzándose permitía ver sin ser visto.

Alonso emitió seis sílabas que a Silvester le sonaron más o menos:

—Quibatonachernucu.

La china se fue. Silvester aplicó el rostro contra los listoncillos. Una pista diminuta iluminada de rojo.

Seis bailarinas orientales se movían muy lentamente a los acordes de una musiquilla de tamboril y flauta, en sonsonete reiterado y chirriante.

—Pedí el brebaje más potable. Le costará diez dólares. Si añade cinco le entregarán una plaquita de marfil. Le servirá para tener entrada libre, si viene solo.

—Lo que se celebra en la pista, ¿es un funeral?

—Es la danza preparatoria para la aparición de la primera bailarina.

Volvió a entrar la camarera. Repartió sobre la mesa dos minúsculos vasitos de plata, otros dos un poco mayores, dos pomos metidos en soportes de laca roja, y otros insertos en laca blanca.

Recogió los tres billetes de cinco dólares que presentaba Silvester, hurgó en sus mangas y dejó ante el periodista una ficha

redonda, en cuyo marfil blanco había trazos rojos.

Salió tras varias reverencias y contoneos. Silvester contempló absorto cómo Alonso vertía en dos dedales líquido amarillo y en los otros dos un espeso licor parecido a jarabe de fresa. Explicó:

—Mezclados saben a huevo podrido. Separados y a sorbos alternos, es néctar. A su larga salud.

Con recelo mojó Silvester los labios en el dedal pequeño. Repitió el otro. Confiadamente, alternó, hasta vaciar ambos recipientes.

Sentía calor en las sienes, un intenso frescor en los pulmones y gusto a fresa en el paladar.

El loro graznó:

—¡Todo trapo a sotavento, atunes!

Silvester encontró simpatiquísimo al repugnante bicharraco. Cesó la música. En la pista estaba la primera bailarina.

Sombrero de copa, chaleco blanco, pantalón negro corto, zapatos de alto tacón. Guantes negros hasta el codo.

—Está imponente —aprobó Silvester complacido.

La bailarina era asiática, pero su figura era digna del calendario de «Play-boy». En la pista verificaba un sorprendente transformismo. Desaparecía el sombrero de copa. El chaleco se convertía en pareo hawaiano. Las guitarras gemían lánguidas, y desflecándose el negro raso se transformaba en tirillas imitando la faldilla polinésica.

Un juego de luces y la hawaiana se convertía en cubana. Por último, en Eva en estado puro.

Silbó entusiasmado Silvester, lamentando la retirada de la artista.

—Nadie silba ni aplaude. Parece que no haya nadie.

—La pista para bailar en público, está al otro lado.

—Bien, empecemos las confidencias, capitán Jossy. ¿Cuándo y cómo inició su carrera hacia la gran aventura?

—Usted es el periodista número diecisiete que viene a invitarme después de la muerte de Nácár King. Precediendo a catorce policías. A todos les contesté lo mismo: *Along hiam bu*.

—Y se fueron pitando en busca de un diccionario chino.

—Le ahorraré la molestia. Significa: «No sé nada de nada». Usted, a su modo, me ha caído bien. Siga así, y no le enviaré al cuerno. «Baco» y yo nos despedimos de usted. *Ky bat ho chet nu cui*.

Silvester movió los labios tratando de repetir aquellas sílabas.

Sentíase inmensamente bien para estropearlo todo, levantándose, y seguir al renqueante marino del loro.

La camarera, entrando, reía jubilosamente. Indagó Silvester:

—Lo que dijo el capitán Jossy, ¿qué significa en mi idioma?

—«Mi joven amigo beberá luz ce alegría conmigo».

—Firmo y rubrico. Contigo al séptimo cielo de Buda.

Risitas, sabores a fresa, caricias que parecían revuelo de mariposas. Dolor de cabeza, un junco subiendo y bajando en columpio, un martillo clavando cajas, la bailarina china saltando de Cuba al Congo...

Y el martillo repiqueteando incansable encima de su cabeza.

Alargó una mano y el martillo cesó de barrenar.

Colocó el auricular entre la almohada y su oreja. Una voz femenina, decía:

—Cinco minutos llamándole, Mark. Me dieron su teléfono en la editorial asegurándome que nunca se despertaba antes de las doce. Lea la Prensa, y a las doce en punto vaya al *Jockey Fun*. Venga sin falta.

—Voy sin falta. ¿Usted quién es? ¿Qué es lo que tengo que leer?

—Kurt Bickford apareció muerto esta madrugada hacia las dos.

Colgaron.

Silvester tardó en asimilar. Saltó de la cama.

Quedóse encogido como si acabaran de descargar sobre su nuca una maza erizada de pinchos.

Una ducha, dos vasos de agua con sal de frutas, jugo de naranja, y al saborear el segundo café, murmuró:

—Orden cronológico, por favor. El taxista que me trajo a la pensión hacia las dos y media de la madrugada, afirmaba que me recogió durmiendo en una banqueta del Shanghai Vol-Up.

Que yo sostenía en la mano mi tarjeta. Despierto a las diez y diez. Una mujer me cita a las doce en el *Jockey Fun*. He de leer la Prensa. Kurt Bickford apareció muerto a las dos de la madrugada.

Se iban disipando los efectos demoledores del brebaje mixto.

Telefoneó a la revista. Al encargado de la sección de sucesos.

—¿Quién lleva la investigación por la muerte de Kurt Bickford?

—Teniente

O'Brady.

Distrito Tercera Colina.

CAPÍTULO VII

El teniente Jack

O'Brady,

en mangas de camisa, señalaba la silla frente a su mesa, cubierta de papeles.

—Hola, Silvester. Ha declarado que era amigo de Bickford, y que solicitaba una entrevista personal, no como periodista, sino como amigo íntimo de la víctima. ¿No se encuentra bien?

—Anoche algo me sentó mal. Por lo que he leído, dos agentes de patrulla encontraron a Bickford, echado en una acera, en el viraje sur de la plazoleta del parque Drake. Tenía un balazo en la sien y otro en el corazón, ambos mortales. Parece ser que lo arrojaron, ya muerto, desde un coche en marcha. Lo último que se supo de Bickford es que hacia la una fue visto solo, por Barbarían Settlements.

—Y se descarta el robo. No vaciaron sus bolsillos. No hay pista. Sólo puedo repetir lo que ya sabrá. En sus campañas de prensa, Bickford atacó valientemente a una serie de personajillos del hampa más o menos dorada. Con sus ataques comprometió a medio centenar de estos personajillos. Toda una lista de gentuza que tendría motivos para matar a Bickford.

—¿Una... lista? ¿Podría yo comprobar si realmente no falta nada en los bolsillos... en la relación de objetos encontrados en los bolsillos de Bickford?

—Vaya enumerando usted mismo lo que contenían los bolsillos.

—Lo ignoro.

—Entonces mal podrá saber si falta algo.

—Me he explicado mal, porque tengo la cabeza algo abombada. Ayer al mediodía, Bickford y yo hicimos una lista de personajes

aptos para proporcionar tema de reportaje. ¿Encontró esta lista?

—Vea.

Tendió

O'Brady

una hoja mecanografiada donde se enumeraban los objetos encontrados en el Cuerpo 773.

El número ocho decía:

«Cartera de licenciado universitario. Sellos de correos. Dos billetes nuevos de cincuenta dólares. Fotos familiares, dedicadas. Pétalos secos de rosa».

—No hice copia de la lista que confeccionamos Bickford y yo. ¿Podría echar un vistazo a la cartera universitaria?

—Sección Pruebas, secta puerta, mano izquierda. Le acompaño.

En la oficina de armarios-ficheros pidió

O'Brady:

—Catálogo 773.

En eso se había convertido Bickford.

Un número.

Y sus objetos personales, alineados en una caja, asidos con presillas encima de un membrete también con número.

—Puede coger la cartera. Soy testigo de que sus huellas digitales son inocentes.

Alineó el contenido de la cartera donde guardó Bickford la lista de los siete encabezados por Jossy Alonso.

Sobre el tablero quedaron sellos de correos, cinco fotos dedicadas, por su esposa y dos hijos, dos billetes de cincuenta dólares, y unos mustios pétalos de rosa roja.

No estaba la lista.

—La lista la guardó en esta cartera. Debió dejarla después entre sus papeles.

—¿Tan importante era la lista ésa?

—Representaba mi trabajo resuelto por dos semanas, como pauta. Lo difícil para nosotros es encontrar el punto de arranque, la mecha...

—Ya. ¿Quiere ver algo más?

—Nada, gracias. Ya le importuné bastante.

—Un poco más, no importa. Devuélvame la compañía hasta mi despacho.

En el despacho, agregó

O'Brady:

—Según me ha dicho telefónicamente Vanberg, usted, ex gacetillero de sucesos, es ahora, reportero de confidencias estrambóticas. ¿Se plantifica mucho ante la «tele» o la pantalla grande?

—Regular.

—Habrá visto que, para los guionistas, el policía es un perfecto borrico y en cambio el joven y apuesto periodista, se las sabe todas.

—Durante cinco años, he tratado con toda clase de policías. Suelen conocer su oficio.

—Entonces no tendrá atenuantes que alegar, si mantiene ahora la tapadera sobre la olla donde se cocina el potaje.

—No hay potaje.

—Puede que no. Pero viene con ojos febriles, solicitando verme, para encontrar una lista que debía llevar encima un hombre al que asesinaron esta madrugada. ¿Soy un mal intencionado si lo contemplo con cierta sospecha?

—La lista fue confeccionada entre Bickford y yo, pero él la escribió de acuerdo al tema que le sugerí.

—¿Y era...?

—Una serie acerca de sujetos pintorescos de Chinatown. Bickford conocía a varios.

—¿Guardó él la lista?

—Sí.

—Siéntese, ¿quiere? Sólo un telefonazo.

Consultó

O'Brady

una ficha, marcó números y poco después inquiría:

—¿Señora Bickford? Buenos días, señora. Teniente

O'Brady.

Ayer al mediodía su marido guardó en su cartera universitaria una lista de nombres. No la encontramos. Usted puede ayudarme, ya que sabrá dónde guardaba sus notas y apuntes.

Escuchó

O'Brady

unos segundos, que a Silvester le parecieron semanas.

—Un momento, por favor, señora.

Cubrió

O'Brady

con la palma la boquilla, preguntando:

—¿En qué clase de papel escribió Bickford?

—Una hoja cuadriculada, de bloc, con mayúsculas y taquigrafía.

Repitió el teniente la información por teléfono, y aguardó.

Silvester siguió con la vista, fascinado, el isócrono ir y venir del bolígrafo que sostenía

O'Brady,

como una batuta en el aire.

—Muchas gracias, señora. Nada más por ahora.

Ahorquillando el aparato, dijo

O'Brady:

—Bickford era un desordenado. Todas las noches, su esposa recogía los papeles, trozos de cualquier papel, donde anotaba su marido lo que fuese. Ella colocaba la cosecha del día en uno de los compartimentos de carpeta de fuelle, con treinta y un compartimentos, de acuerdo a cada día del mes. Con fecha de ayer noche, la señora Bickford solamente cosechó unos recortes de periódico canadiense, una hoja de bloc sin nombre alguno en mayúscula, y cuatro sobres conteniendo sellos para colección. Nada más. ¿Vio usted alguno de los nombres que en mayúsculas escribió Bickford?

—No. Le parecerá extraño, pero si recurrimos a la colaboración de un amigo, no espíamos por encima de su hombro.

—De acuerdo. Siga usted bien, Mark. Me consta que no soy el borrico de las patrullas, ni usted será el periodista tunante.

—Conste que si descubriese algo en firme, casualmente...

—Cumpliría con su deber acudiendo como un rayo. ¿Qué método de taquigrafía empleaba Bickford?

—Pitman, doble estrella.

—Vio los signos taquigráficos que escribía, pero no pudo siquiera leer ni uno de los nombres en mayúsculas.

—Eran anotaciones y yo hablaba.

—¿Hablabas tapándose los ojos?

—Vi el bolígrafo rasgurar trazos de mayúsculas y luego signos taquigráficos.

El bolígrafo trazó mayúsculas sobre su bloc. Rápidamente.

Leyó Silvester:

«POR VOCACION PERIODISTAS Y POLICIAS SOMOS
CURIOSOS».

Moviendo el bolígrafo como una batuta, sonrió

O'Brady

como un dogo con dolor de colmillos.

—Comparado con Bickford y usted, soy casi un analfabeto. Sin embargo, mis letras, ¿pudo leerlas, Mark?

—Hombre, sí. Pero seguía yo el movimiento de su bolígrafo.

—Bien, si no tiene nada más que decirme... ¿Sí? Diga.

—Si yo creyese que existe alguna relación entre la muerte de Bickford y la lista, sería un imbécil negándolo.

—Usted no niega nada. Usted no pudo leer ningún nombre. Y la lista pudo extraviarse, o ser rota. Buenos días, Mark. Cada mochuelo a su olivo. El mío es espinoso. Procure no añadirme más espinas.

CAPÍTULO VIII

Al detener su coche bajo el cobertizo ante el parador *Jockey Fun*, arqueó las cejas.

La voz que le citó era femenina, pero el coche que aguardaba, un «Cadillac» gris perla, era el mismo que conducía Fred Lombard el día anterior. Con una diferencia.

En el asiento del volante, teniendo en el reborde de la ventanilla la bandeja traída desde el parador, no era Fred Lombard el que sorbía un batido succionando las dos pajillas.

La mujer lucía un largo cabello negrísimo, abrillantado, contrastando con el vestido blanco, de escote cuadrado.

Un rostro anguloso, marfileño, de ojos rasgados, negrísimos. Ni fea ni bonita. Exótica.

En el cilindro de patente, en la línea de propietario leyó Silvester: Magnolia Men Wei.

Magnolia, la «prima resentida» de Nácar King, descendió. Alta, sin languideces, toda firmeza, en cuerpo, labios y ojos.

—Excuse la pregunta. ¿Fue usted la que me despertó esta mañana?

—Por teléfono. Iré rectamente al asunto. Me dijo Fred que usted dio a entender que no iba a seguir sus consejos. Se entrevistó con Bickford, tomó apuntes, conoció a Jossy Alonso y perdió los estribos en un palco de Shangai Vol-Up.

Esta mañana a las once y diez entraba en la comisaría de la Tercera Colina.

—Enhorabuena. No la vi ni un segundo.

—Toda clase de información está a cargo de Noel Lacey quien acaba de telefonarme su salida de la comisaría a este parador. He

de advertirle que al tercer día de la muerte de mi primo Albert Men Wei, me visitó Bickford para insinuar que había lagunas en dicha muerte.

—¿Qué le aconsejó Bickford?

—Que fuese a la policía con sus dudas. Pero dijo que no era lo mismo un presentimiento de periodista que un análisis matemático policial. Y ahora, Fred cree que usted saque una deducción absurda con referencia a la muerte de Bickford.

—¿Por qué no ha venido Lombard?

—Es administrador de los Men Wei. Yo, de momento, soy la depositaria de cuantos asuntos privados resolvía mi primo y de los cuales no era informado Fred. Si visita a Noel Lace, él sabrá exponerle claramente las razones por las que en los negocios de mi primo existen puntos que es preferible mantener a cubierto de indiscreciones. Son los relativos a luchas internas de los sindicatos portuarios.

—*Along hiam bu* —silabeó Silvester irónico.

—Es la respuesta favorita de Jossy. Ya que la emplea, es conveniente lo contrario. Es conveniente que sepa algo de algo, antes de que resbale por un sendero peligroso.

—Tengo la impresión de estar patinando, pero ignoro dónde está el bache jabonoso.

—El bache está en los conflictos de rivalidad de los sindicatos del puerto. Un puerto en el que existen veintidós sindicatos.

—Si tuviese que acudir a alguien que pudiera ilustrarme sobre las interioridades del puerto, ¿a quién me recomienda?

—Noel Lacey. Pero le repito que el terreno es muy resbaladizo.

—¿Qué tiene que ver Evelyn con este sendero por el que yo patino?

—Evelyn no tiene capacidad para discernir. Es como una niña que, oyendo repique de campanas fuese incapaz de afirmar su exacta procedencia, y tanto puede imaginarse que son de un reloj, de un templo o cascabeles.

—Sin embargo, no quiso aceptar el tañido de la campana fúnebre. Y conociendo íntimamente a su marido, se negó a admitir su muerte.

—Porqué oyó campanas, cuando Albert, en cierta ocasión, afirmó que daría la mitad de su fortuna con tal de convertirse en un

ser anónimo, ignorado, libre de la espada de Damocles siempre suspendida sobre él, y por esta razón Evelyn se imaginó que Albert pudo fingir su muerte.

—¿Espada de Damocles?

—Como naviero importador, Albert tenía que mantener al sindicato oriental en contra de los turbios intereses de otros sindicatos portuarios.

—Yo no tengo en menor interés en las sucias aguas del puerto. Fui a visitar a Evelyn en busca de un reportaje inocente. A una viuda.

—Pero la lista de siete personas que le dictó Bickford no tiene precisamente viudas.

—¿Cómo puede conocer el contenido de una lista que elaboró Bickford y me dictó a mí únicamente?

—Lacey, nuestro detective personal, estuvo en el palco donde usted dormía. Tomó copia de la lista que le dictó Bickford. Si éste hubiese muerto por el contenido de la lista, usted no estaría vivo.

—Quizá Bickford supiera más de lo que yo sé.

—Referente a los sindicatos y su tramoya. Éste es el peligro para usted. Buscando un inexistente misterio chino, tropezará con pistoleros muy yanquis, de carne y hueso, que le creerán un indiscreto en potencia.

—¿Murió entonces Bickford a manos de estos pistoleros anónimos?

—La policía lo indagará.

—Y usted me aconseja que desista de ir preguntando a los siete personajes de la lista, cual es la relación entre los tapujos de los sindicatos y la alusión que hizo Evelyn relativa a las habilidades de los herederos de los secretos de los cirujanos chinos.

—Evelyn es una deficiente mental.

—O tal vez sea una falsa cándida. Yo creería más bien que Evelyn tiene miedo de algo y de alguien. Por cierto, ya que vio la lista, leería cómo la calificaba Bickford.

—Mi primo se enamoró de Evelyn. Fui la prima resentida, porque los Men Wei creyeron que Albert se casaría conmigo. Ahora bien, si yo hubiese decidido emplear a alguno de estos supuestos cirujanos, la lógica más aplastante me hubiera hecho designar cómo víctima a Evelyn.

—Su sinceridad es abrumadora, Magnolia. ¿Por qué esta epidemia de sinceridad se inició ayer cuando salí de visitar a Evelyn?

—Porque ella aludió, al visitarla Bickford, a una estrecha relación entre la fingida muerte de Albert y ciertos secretos portuarios. Todo negocio de envergadura, tiene semejanzas con las conspiraciones de siglos pasados. Intentar conocerlos para revelarlos, equivale a colocarse una soga al cuello.

—O recibir dos balazos. ¿Contra esto posiblemente me citó?

—El objeto de mi cita ha sido exclusivamente afirmarle que en la muerte de Albert no existe misterio alguno. Y a la vez ponerle en guardia contra el posible error de unos pistoleros.

—Ya que Lombard y usted están tan preocupados por mi salud, cíteme a uno de esos pistoleros.

—Es asunto por completo ajeno al buen nombre de los Men Wei.

Había hecho ella una señal, y una camarera vino del parador a retirar la bandeja.

Se instaló Magnolia Men Wei tras el volante.

—Me temo que la buena intención de Fred y la mía al prevenirle de posibles peligros mortales, los interpretará usted en otro sentido. Lo lamentaríamos. Buenos días, Mark.

El «Cadillac» se alejó.

Los conductores variaban, meditó Silvester, pero el método era el mismo. Veladas amenazas en plan de consejo amistoso. Alusiones a pistoleros de sindicato portuario.

Pero todo arrancaba de un mismo punto. Haber hablado con Evelyn, la «deficiente mental» que oía campanas.

Mark Silvester lo veía todo muy claro.

Tan claro como si perdido en un largo túnel presenciara una tenebrosa pelea entre negros.

CAPÍTULO IX

Lee Vanberg examinó a su colaborador, sin el menor fingimiento de ansiedad, apenas Silvester se instaló en el sillón.

—He estado analizando el original que me envió con la mención de «estrictamente privado». Me especifica que para elaborarlo permaneció tres días encartujado en un hotel montañoso. ¿Qué se ha propuesto? ¿Hacerme sentir remordimientos si por publicar su artículo tengo que ir a cantar un responso sobre su fosa?

—¿Mi artículo es o no potable?

—Es sincero, es ingenuo. Pero yo le sugerí una serie sobre confidencias de viudas trastornadas por el amor, y usted...

—En vez de una, le doy las imaginarias confidencias de tres viudas. Joan Donlevy, viuda de un estibador de puerto. Alice Cramer, viuda de un capataz de puerto y Margaret Bickford, viuda de un colega nuestro.

—A sabiendas, incita a una turba incontrolada para que le apliquen los brutales métodos que pretende desenmascarar.

—¿Es publicable o no?

—Lo es. No hay libelo, pero todo el mundo leerá entre líneas.

—¿Sigo adelante?

—Me gusta verle entusiasmado por algo. Ya no es un neurasténico sonriente. Adelante, Mark. Y primero pase a visitar al teniente O'Brady.

Ha telefoneado repetidamente.

—¿Puedo también pasar por caja? Voy a hacer una intensa vida nocturna, social.

—Gastos generales —decretó Vanberg magnánimo—. ¿Cuánto?

—Doscientos cada dos días, renovables, hasta dar con una

solución.

—De acuerdo. Suerte, Mark. Le va a hacer mucha falta.

* * *

El irlandés

O'Brady

ya no era un policía receloso, sino un hombre de experiencia tratando de convencer a un presunto suicida.

—Vayamos por partes, Mark. La famosa lista fue hallada ayer. Debido a su trastorno, la señora Bickford no recordaba que tras cenar, su marido se mudó de traje. En la americana que llevaba puesta al mediodía, estaba un bloc con la lista. Siete personas que, en efecto, conocen a fondo los asuntos portuarios. Y el comentario escrito por Bickford, tiene miga.

Tendió el teniente el bloc y la lista.

Bajo los rasgos taquigráficos de Bickford, un traductor policial había anotado la versión:

«Para mí, sigue siendo un cuento lo del cirujano chino inventado por la viuda mema. Pero Mark ya está intrigado. Cuando tropiece con la barrera de la suprema ley de la pistola, ya seremos dos en vivir inquietos».

Apuntó

O'Brady

hacia unas hojas mecanografiadas.

—Su editor me envió la copia de este reportaje imaginario que concibió usted en sus tres días de ausencia. Lo he leído, releído y digerido. Escuche, periodista. Los pistoleros no son viudas trastornadas.

—Entonces, da por descontado que la muerte de Bickford fue obra de pistoleros del puerto.

—Los pistoleros sindicados constituyen un gremio muy distinto a lo que se imaginan los ciudadanos. En los años treinta, todo el mundo sabía con certeza que Jack Bilbo era el lugarteniente de Al

Capone. Empleaban la pistola.

—¿Y hoy, qué?

—Hoy, en nuestro puerto, hay técnicos. Contribuyentes. Encasillados en profesiones honorables. Técnicos electorales, técnicos de estiba, ayudantes de fichero. Y para poder demostrar que son pistoleros, es preciso cogerles con la pistola encañonada y recién disparada.

—¿Tan inteligentes son?

—Lo son. Y además operan con ventaja. El ambiente portuario. Gente ruda, amante de la camorra, que discute primero, emplea los puños después, y liquidan a cuchillo o pistola. Los que aparecen muertos, figuran víctimas de pendencias originadas por exceso de bebidas. Y usted, deliberadamente, provoca a técnicos sin nombre determinado como lo son los ejecutores de veintidós sindicatos. ¿Cómo reaccionarán al leer esto, que aparecerá mañana domingo?

—Pensarán... «Busca, busca, nene, que la cucaña resbala».

—Pero si creen que tiene datos, y no los tiene, como me consta, me tocará esperar meses y meses a ver si descubren al técnico que le mandó al barrio donde ya no existe ninguna clase de curiosidad. Pero no hay ley que me permita impedirle este reto al indemostrable pistolerismo portuario.

Y señaló nuevamente

O'Brady

la copia del artículo que aparecería el domingo en la revista *Cuatro Horizontes*, y sería remitida a los suscriptores el sábado.

El sábado por la noche, Silvester contravenía una ley. Allanaba una morada. Un pabellón habitado por la viuda del rey del Nácar.

Atados los cordones de los zapatos que llevaba a modo de cartucheras colgando del cuello, llegó hasta el pabellón.

No cabía duda que el parque florido rodeaba una casa de reposo. De todo reposo, porque salvo unas luces interiores mitigadas por cortinas, la casa entera parecía dormir profundamente.

Contorneó el semiarco de cristalerías ventanales del pabellón.

Fue palpando hasta comprobar que un recuadro cedía. La cortina, empujada, dejó paso a la estancia, ahora a oscuras, donde Evelyn le despidió aporreando frenéticamente el piano.

Permaneció escrutando hasta que sus ojos se acostumbraron a las tinieblas.

Cuando se deslizó al interior, podía ya avanzar sin tropiezos hasta el piano.

Le sudaban las yemas de los dedos mientras levantaba la cubierta de negro ébano. Pensó en un ataúd.

Sobre el teclado dejó el sobre alargado que motivaba aquella visita nocturna.

Para cerrar empleó siglos. Forzaba su imaginación para que no colocase sombras de orientales a su espalda, afilando aceros de diversas formas y tamaños.

Por forzosa experiencia en el Vietnam, sabía que lo más enervante no era un ataque, sino una retirada.

Muy erguido el busto, sacaba mucho el pecho, como para disminuir el volumen de su posterior, a medida que progresaba hacia el muro tras el cual se hallaba una avenida de sólido asfalto, y no gravilla.

Aquellos instantes en que no quería mirar atrás y le parecía tener casi adherida a sus tacones una silueta de ojos rasgados y crueles, los calibró más agotadores que seis horas de marcha forzada entre la jungla indochina.

Al saltar a la zona elegida por su completa oscuridad, y calzarse apresuradamente, emprendió a paso más ligero, el retorno a la normalidad.

Normalidad que presentía iba a durar muy escaso tiempo.

CAPÍTULO X

A media mañana del domingo, Evelyn Farnum alzó la tapa negra, y respingando ladeó la cabeza para leer el sobre encima del teclado.

«Mark Silvester, cordialmente, a la admirable esposa de Albert Men Wei».

Febrilmente, como una gata acorralada, miró ella en torno, súbitamente convertida en imagen del terror.

Cogió el sobre, buscando dónde esconderlo. Su pijama, su batín, no servían. Eran prendas delatorias en todos sentidos.

Corrió al cuarto de baño.

Mabel Tsao Ming encontró a Evelyn sumergida en la jabonosa agua del baño tibio, y reprochó suavemente:

—La señora olvidó que no han transcurrido dos horas desde su desayuno.

—Mi sistema digestivo es perfecto. Pero me siento fatigada. Volveré a dormir un par de horas. Esta noche tuve pesadillas.

Media hora después, tumbada boca abajo en la cama, recordaba Evelyn sus tiempos de pensionado, cuando tenía que emplear las almohadas como pantalla para leer novelas de todas clases.

Del sobre extrajo una hoja de papel satinado, impreso. En su esquina superior un clip adhería otras dos hojas, mecanografiadas.

Si era espiada, parecería una desmadejada durmiente. Fue leyendo ávidamente.

«La repentina ruptura de una costumbre, produce casi malestar, un trastorno. Mi costumbre profesional, la de sondear en las costumbres ajenas, decidí abandonarla para esta ocasión. No acudiría en petición de confidencias, a las personas, sino a sus imágenes gráficas. Bastaba repasar Prensa atrasada.

»Ignoro el motivo por el cual me llamó tanto la atención la foto que representaba a una viuda. Su nombre: Joan Donlevy. La noticia que causaba su aparición pública no tenía nada de particular. Se trataba de la viuda de un estibador del puerto que debió resbalar y caerse al agua. Un suceso desgraciadamente vulgar.

»Lo único que en la soledad de mi despacho me incitó a conversar imaginativamente con Joan Donlevy, fue el título de la información y una línea que la inspiraba.

»El titular decía: “Muerte misteriosa de un estibador”. La línea que justificaba el titular, era: “El cadáver bárbaramente apaleado...”».

»La señora Donlevy no podía dar la menor pista. Su marido era un trabajador con sus cualidades y defectos. Le gustaba beber y discutir. Llevaba quince años casado con Joan Donlevy.

»En el mismo periódico, aparecía otra viuda, la señora Alice Cramer, casada doce años antes con el capataz del puerto, Eugene Cramer. Tampoco ella aportaba la menor confidencia. Desconocía por completo las razones por las que Eugene Cramer había tropezado, en la esquina de un callejón del puerto, con una salva de proyectiles del calibre nueve corto.

»Dos viudas. Ninguna pudo aportar la menor luz en las tinieblas del puerto. Se limitaban a llorar

desconsoladas. A mis imaginarias preguntas me parecía oírlas contestar: «Ojalá pudiera revelar el menor indicio que condujese a la captura y castigo de quien o quienes...».

»En la intimidad del hogar, los hombres hablan. De muchas cosas. De ninguna que aporte la menor luz en las tinieblas, al morir ellos violentamente.

»Y me encontré haciéndome yo mismo una confidencia: «Ignoras por completo lo que es un puerto, salvo que hay muelles a los que atracan buques de toda clase, donde se descargan mercancías de toda índole y que dan empleos a mucho personal. Personal como el estibador Jim Donlevy y el capataz Gene Cramer».

»Pero del puerto en tinieblas, de su intimidad, de sus húmedas piedras, ¿quién lograría hacer brotar la confidencia? Mi amigo, mi colega, el mefistofélico Kurt Bickford, apodado Cara de Rana. Recordé que él mismo aludió a que la rana, era un batracio digno de toda admiración. Saltaba de charco en charco para atrapar a los sucios vividores del charco. Recordé que no hacía mucho, me había hecho una confidencia. Quería sondear los charcos del puerto de San Francisco, nuestra puerta oriental.

»Telefonéé a la señora Bickford, preguntando si sabía dónde podría yo encontrar a Kurt. Me contestó con dos palabras. Colgué, profundamente inquieto.

»No cabía duda. Romper mi costumbre de buscar confidencias dejando hablar a personas reales, me había trastornado. La señora Bickford acababa de decirme: «Ha muerto».

»No añadió más, porque los sollozos no la dejaban.

»¿Había yo imaginado marcar un número y oír sollozos confidenciales? Para despejarme hojeé la Prensa del día. Sí, aquel rostro de la foto, era el de

Kurt Bickford. Y un título vulgar: «Muerte misteriosa». Y una línea justificando el titular: «Una bala en la sien. Otra en el corazón».

»Salva de proyectiles, un callejón, tinieblas, el puerto mayor del mundo.

»¿Qué artículo era aquél que me dijo Kurt Bickford iba a suscitar explosiones? Algo así como: «El terror por la pistola, la ley definitiva...».

»Lo encontré. Y empecé a leer lo que transcribo a continuación porque fue el último artículo de Kurt Bickford.

»Hacía referencia a nuestro puerto.

LA SUPREMA LEY DE LA PISTOLA

Kurt Bickford

«Resulta tarea ímproba limpiar de pistoleros nuestro puerto donde el sistema de lucha libre entre el capital y el trabajo, coloca en situación privilegiada a los más violentos y menos escrupulosos.

»El personal portuario acepta las directivas de hombres de rompe y rasga. Por esto su suerte se halla en manos de pistoleros y matones, como lo demostró la comisión de estudio de la criminalidad portuaria, asegurando que bajo la capa de organizaciones sindicadas triunfaba el asesinato, el robo y el contrabando.

»Hubo encarcelamientos, indagatorias y procesos. Se hicieron nuevas votaciones y varios obreros fueron apuñalados, acribillados, apaleados y dignamente enterrados. Pero nadie pudo dar pruebas ni señalar a nadie.

»Un terror bien organizado porque los obreros

están tras los matones pistoleros, en parte por temor, y en parte, porque creen que tiene más razón el que tiene menos miedo. Los que se atrevieron a encararse con los caciques del puerto, han mostrado además una extraña propensión. Caen al mar, apaleados, o emergen del mar extraídos con una piedra al cuello, o tropiezan con una salva de proyectiles en cualquier esquina de callejón del puerto.

»La pistola lleva implícitos sus peligros, tanto para el patrono como para el obrero, pero se llega a la conclusión de que todos prefieren la ley de la pistola a una lucha sin ley.

»No es fácil que las autoridades logren extirpar este mal, porque se desconoce quién empuña la pistola. Un puerto con personal técnico del tipo rudo, no es lo mismo que una ciudad apacible, bien clasificados sus moradores.

»Lo que no conseguiría un investigador, quizá lo logre un periodista. Bastaría hallar tan sólo una prueba contra uno de los técnicos de la suprema ley de la pistola.

»Kurt Bickford».

«Hasta aquí han leído la última, la definitiva confidencia de Kurt Bickford. Encontró la prueba, ya que le hallaron dos balas. Incrustadas. Una en la sien, para que un buen cerebro dejase de funcionar. Otra en el corazón para acallar el amor por la verdad que caracteriza a los periodistas dignos de este oficio como lo era Kurt Bickford.

»Quedan tres viudas. Siguen las tinieblas en el puerto. Esto es una realidad. Como lo es, también que doce horas antes de morir, Kurt Bickford me entregó una lista. Una lista de personas que, según él, conocían a fondo ciertas actividades tenebrosas del puerto.

»Y viendo amanecer, he llegado a la conclusión

imaginaria. Una de las siete personas de la lista-testamento que me entregó Kurt Bickford puede alzar para mí una porción del tupido velo que entenebrece la puerta oriental del Pacífico.

»Y, asimismo, he llegado a una conclusión verdadera, indiscutible. No soy un sentimental, pero he visto dos fotos borrosas, con dos semblantes tristes, de mujer buena, desconcertada. He oído unos sollozos. Éstas son las únicas confidencias de tres mujeres de alma sencilla que siguen ignorando por qué murieron tres hombres, en la oscuridad de nuestro puerto.

»Leo la lista con siete nombres, y me considero el legatario de Kurt Bickford.

»Tranquilizo a mis posibles lectores sensibles, aclarando que soy soltero».

Evelyn Farnum hundió la cara en la almohada hasta conseguir destrabar las dos cuartillas mecanografiadas.

«Hubo una vez una princesa rubia que se enamoró de un mandarín chino. Se casaron y en un principio fueron felices. Hasta que la princesa rubia comprobó que, además del misterio inherente a la raza exótica, existían los misterios tenebrosos del mayor puerto del mundo. Comprendió que había sido elegida esposa, pero que era considerada una muñeca necia. Ella sólo debía ser la favorita placentera, pero no tenía voz ni voto. Y oía campanas.

»Se resignó demostrando inteligencia. Y cuando la llevaron ante un cuerpo mutilado, protestó sinceramente, aludiendo a habilidades de cirujano chino. Y de pronto, vio los ojos orientales acechándola con siniestros presagios. Decidió entonces exagerar su pretendida necesidad, y prefirió recluirse donde pudieran atestiguar que su trastorno podía cuidarse. Con una inseparable espía, día y noche. ¿Hasta

cuándo? ¿Hasta que Nácar King reaparezca ante ella?

»¿O bien hasta que un forense dictamine que en una crisis de enajenación furiosa, la viuda de Albert Men Wei, que ya no era la favorita, se envenenó o se cortó las venas?».

Estremeciéndose, Evelyn Farnum leyó la segunda cuartilla.

«Occidente y Oriente se han de enfrentar, Evelyn. Al misterio del cuento chino anterior, imaginado, hay que oponer la astucia ingenua. Usted duerme mal y precisa soporíferos. Adminístrele una buena dosis a Mabel Tsao Ming. Abandone su encierro y habrá solucionado su caso. Ellos seguirán creyéndola la viuda tonta, pero al no saber dónde se halla, cometerán alguna imprudencia. La inquietud será para ellos.

»Trastoque los papeles. Vuelva a la vida real, y haga desaparecer el peligro constante que representa para usted la vigilancia de Mabel Tsao Ming, servidora fiel de Magnolia Men Wei.

»Durante toda la noche de hoy, domingo, un coche “Auburn”, estará a su disposición en el aparcamiento de la plazoleta Drake. La esperaré para acompañarla a un sitio tranquilo y seguro, lejos de toda mirada oriental.

»Si no acude, tendré que andar a ciegas y emplear en falso supuestas confidencias tuyas. Nos dolería».

Evelyn Farnum se tendió boca arriba.

Tras haber conocido la tupida y sutil malla de la gran familia Men Wei, que abarcaba a los nacidos en Hong Kong y sus adeptos en San Francisco, prefería la ingenua astucia de un periodista occidental.

CAPÍTULO XI

El lunes por la mañana, hacia las once, entró Silvester en su bar habitual, donde solía desayunar. Le entregaron un sobre. Contenía una tarjeta.

NOEL LACEY Investigador
Lane St.,
336 Tf.
LCH-7053

En el dorso, escrito con bolígrafo verde, decía:

«Espero con interés y urgencia su llamada citándole a la hora más conveniente para usted. Affmo. N. L.».

Consumido ya su desayuno, preguntó al camarero:

—¿Cuándo trajeron esta nota?

—Hará cosa de una hora.

—¿Un botones?

—Un individuo que nunca he visto por aquí.

—¿Tenía mal aspecto?

—Vestía bien, pero tanto podía ser un policía de esos de mal genio, como un maleante. Se hacía antipático con sólo mirarle.

La calle Lane era una travesía de la avenida de Nanking. El número 336 era un rascacielos sin ningún toque oriental. En el rellano de los ocho ascensores estaba la guía de inquilinos.

Noel Lacey ocupaba el tercer departamento, piso sexto. La

puerta de cristal opaco, anunciaba:

NOEL LACEY. Investigaciones

La recepcionista era oriental.

—El señor Lacey desea verme con urgencia.

—¿Su nombre, por favor?

—Mark Silvester.

Se acentuó la sonrisa en el redondo rostro. Se encaminó ella hacia una puerta que abrió, anunciando:

—El señor Silvester.

Cerró ella apenas pasó el visitante.

Noel Lacey, bajo y ancho de hombros, cabello entrecano, calzaba sandalias, pies desnudo. Revestía un pantalón de dril blanco, y flotante camisa de seda gris. El rostro era achatado y brutal. Los ojos, de un azul desleído, eran penetrantes.

—¿Qué tal, reportero? No tenía que molestarse, caramba. Bastaba un toque de teléfono. Aprieta el calor, ¿eh?

—El tema del tiempo no da más de sí, una vez le replique que estamos de acuerdo. Según se desprende de un próximo pasado, usted es el maestro en el arte de registrar bolsillos de tontos embriagados por el juego de dedos del Shangai Vol-Up.

—Percibo unos honorarios decentes para proteger los intereses de la familia Men Wei.

Tuve que hacerle una ficha puramente convencional. Periodista contratado por el editor Vanberg, soltero egoísta...

—Vanberg es casado.

—El de la ficha es usted. Soltero egoísta, en el sentido sibarítico, bebedor, y no demostrando afición a complicarse la existencia.

—Esto era verdad. Ya no.

—Entonces, admite que, voluntariamente, quiere complicarse la existencia.

—Déme un ejemplo práctica. No teórico.

—La viuda Mere Wei abandonó la clínica de reposo, esta noche, hacia las once. Narcotizó a Mabel. Me lo comunicaron a las cinco de la madrugada. Gabe suponer que alguien incitó a la señora Men Wei.

—Puestos a suponer todo cabe.

—Magnolia Men Wei le hizo unas advertencias encaminadas a evitarle molestias que no proceden ni procederán de nadie relacionado con los Men Wei.

—El estilo es muy importante, Lacey. A mí, los buenos modales me encantan.

—¿Quién le ha maltratado... por ahora?

—La pausa es significativa.

Jugó Lacey con los eslabones del grueso brazalete de oro que llevaba en la muñeca izquierda, antes de hablar con tono apenado:

—La policía no ignora que Evelyn está trastornada. Le pueden exigir responsabilidades si usted busca sensacionalismos a base de explotar la exuberante imaginación desbocada de Evelyn.

—Hablé con ella una sola vez. Espiado por Mabel desde una mirilla.

—Esta madrugada a las cinco y media dormitaba usted apoyado en el volante de un «Auburn» alquilado. Dormitaba, o fingía. En el estacionamiento del parque Drake, a un centenar de metros de la clínica Barnet. ¿Quiso hacer creer que estaba esperando a Evelyn? ¿Quiere hacerme creer que ignora donde está Evelyn?

—No quiero hacer creer nada a nadie, Lacey.

—Por el artículo que escribió parece relacionar la muerte de Bickford con una lista de siete personas. Yo soy una de ellas. ¿Por qué le ha entrado esta furiosa esquizofrenia del tipo autodestructiva? Olvídense de los Men Wei. Piense tan sólo en los técnicos del puerto, a los que hace alusión, tras divagar sobre viudas.

—Supongamos que tales técnicos tratan de asustarme. ¿Qué les va ni les viene a los Men Wei?

—Nada en absoluto. Pero los periodistas chismosos tienen que apoyarse en firme, para chismorrear. Pise con tiento. ¿Le fascina aquella sala?

—Horrores, porque desde que he entrado, me arde la sesera tratando de adivinar quién está allí dentro.

—Otro de los que tiene en su lista de siete. Un hombre que conoce a fondo la tramoya interna del puerto, y que casi siente pena por usted. Porque le van a machacar, reportero. Avanza usted a ciegas.

—Por esto precisamente voy prevenido y asustado. Fíjese,

Lacey... A la que oigo pasos, me pongo tieso como un poste, agarrándome al sobaco.

De la habitación contigua acudía un individuo en el que, al instante, reconoció Silvester al descrito por el camarero.

Ceñudo, grises ojos de inhumana indiferencia, musculosa anatomía bien trajeada, con un detalle chabacano. La camisa a cuadros blanquinegros resaltaba el amarillo rabioso de la corbata.

Presentó Lacey:

—Garvín Millard, número cuatro en su lista, reportero.

—Es una lista por orden alfabético —aclaró Silvester.

A dos pasos de distancia, deteniéndose, masculló Millard:

—¿Con ficha o sin, joven?

—Con, viejo.

—¿Puede oírse la mía?

—El hombre duro del sindicato oriental. Cuando un forzado del puerto se pone tonto, sus compañeros le dicen más o menos, si está en el oriental: «A callar, muchacho, o viene Garvin Millard, y te apaña un pequeño accidente, con ingreso en el hospital. Y todos tendremos que jurar que te cayó encima un tractor al ser descargado».

Señalando con el pulgar hacia Silvester y mirando a Lacey, afirmó Millard:

—Este fulano está averiado de la azotea.

Silvester continuaba con la diestra entre la solapa y la camisa a altura del corazón.

La voz gangosa de Lacey sonó zumbona:

—Mejor dejarlo, Garvin. Si le cogieras por la corbata, en plan amistoso, para prevenirle que se ha metido en un avispero, te sacudiría un cargador de plomos. Tiene licencia de porte de armas. Después saldría pidiendo socorro, jurando que quisimos hacerle pupa. Puede largarse, amigo.

Silvester señaló con el pulgar izquierdo al sombrío Millard.

—El que puede largarse es este temible técnico portuario. Usted y yo no hemos terminado de charlar, Lacey. ¿Qué se cree usted? ¿Qué acudí a su invitación para contemplarles y admirar su psicología de cocos portuarios?

Millard miró con lástima despreciativa al periodista.

Lacey le señaló la sala vecina.

Silvester chasqueó la lengua como quien echa a un perro y silabeó:

—A la caseta, «Nerón».

Garvin Millard que iba ya hacia la otra habitación, se volvió furioso puños en ristre.

Brilló el brazalete de oro mientras la palma abierta de Lacey detenía y empujaba a Millard.

—Me imaginé que vendría a buscar camorra y comprometer, Garvin. Déjalo, que ya encontrará lo que busca, y sobradamente. Ya que se siente gallito de pelea, Silvester, váyase y que le desplumen.

—Ahora ya está natural y sincero. Antes, era falso y dulzón. Lo que le interesa no es comportarse como mi ángel guardián, sino apartarme del juego de la gallinita ciega, temiendo que si consigo levantar una esquina de la venda, fulanos como usted y Millard ofrezcan miles por un hoyo. Porque no falla...

—¿No falla, qué, talento?

—En un almacén de porcelanas chinas, o de figuras de barro portuario, un técnico policía no rompe nada, porque sabe por dónde anda. Llegan un aficionado como Kurt Bickford y le temen más que a un elefante ciego. Yo soy el segundo elefante, pero voy prevenido por lo que le sucedió a mi colega. *Abur*.

Abriendo la puerta comunicante con el corredor, emprendió Silvester la retirada.

La sonrisita de la recepcionista china era una delicia. También sonreía así la que le sirvió los dedalitos del infernal licor llamado «luz de alegría» y que resultó ser un mazazo capaz de agotar a un buey.

Dejó de palpar la culata apenas el ascensor emprendió el descenso.

CAPÍTULO XII

Era casi una novedad ser recibido por una criada negra, que condujo a Silvester hasta una confortable sala de estar.

Tras el mostrador de un bar esquinado, Irma Brown, era agradablemente normal. Cabello castaño, pardos ojos afables y risueños.

—Buenos días, colega. Es la hora del aperitivo. ¿Qué te apetece?

—Por unos días soy abstemio. La fraternal acogida desde tu bar, indica que exageraron mi fama. ¿Te hablaron muy mal de mí?

—Mitad y mitad. Un hombre corriente, con tus horas de cínico y otras de sentimental que se aburre. Te participo que el teniente O'Brady

me llamó para intercambiar opiniones sobre mi inclusión en una lista que te dio el pobre Bickford.

—Te consideraba una técnica en asuntos relativos a Chinatown.

—Lo fui.

—Celebro que tus derechos de autora te hayan permitido alejarte de Chinatown.

—Somos del mismo gremio, Mark —sonrió ella—. No des rodeos conmigo. Pregunta, y contestaré, si lo juzgo conveniente. ¿Te sirvo algo tónico?

—Dos dedos horizontales de coñac.

La veía por vez primera y le resultaba simpática.

—Coñac del emperador —aprobo Silvester tras un sorbo—. Y por cierto, hablando de Napoleón, estoy rozando los linderos diferenciales entre el sublime genio y la trepidante locura. Por ello te pedí telefónicamente si podías soportarme hacia la una.

—Yo también estuve muy confusa algún tiempo cuando decidí especializarme en reportajes y novelas sobre la ciudad china. En

todo veía misterios escalofriantes.

—Es lo que me ocurre, desde que tuve la absurda idea de intentar obtener confidencias de viuda trastornada. Me fui a ver a la viuda de Nácar y los acontecimientos se precipitaron. La viuda se obstina en no dar por muerto a su marido. ¿Conociste a Evelyn Farnum?

—La veía cada quince días, aproximadamente. Y hoy, Magnolia Men Wei me ha comunicado la desaparición de Evelyn. Las sospechas de Lacey, según ella, apuntan hacia ti.

—¿En qué sentido?

—Lacey opina que Evelyn hubiera sido incapaz de pensar por sí sola en buscar otro lugar de reposo, porque es el tipo de mujer que si no encuentra a un hombre en quien apoyarse, para sentirse protegida, no mueve ni las pestañas.

—Entre mis aficiones no cuenta la de raptar viudas memas. ¿Dices que visitabas a Nácar cada quince días?

—Primer fallo, colega. Te dije que veía a Evelyn, no a Nácar. Pero es natural que con tu lista de siete íntimos de Nácar intentes indagar.

—Por lo menos tú eres clara y directa.

—Porque mi participación circunstancial en los asuntos de Nácar, fue clara y no delictiva. Abandoné el periodismo, cuando una novela documental sobre los misterios que podían revelarse sobre Chinatown, adquirió una buena venta. Pero si este piso es mío, y puedo dedicarme a escribir libremente, cuando quiera, Sin premios, se debe a que los mayores beneficios me los produjo una novela que no publiqué.

Silvester miraba con creciente agrado a Irma Brown, que invitó:

—Deduce, Mark.

—Estoy dispuesto a que me ofendan y a ofender. Pero a ti no, ya que me recibes como a un colega en busca de una verdad oculta en el fondo de un pozo muy turbio.

—Casualmente me enteré que ciertas dinastías de mandarines comerciantes, transmitían de padres a hijos una ciencia que para nosotros, resultaba repulsiva. La vivisección. Pero en seres humanos. Presumiendo, tenía escritos varios capítulos. Fui a visitar a Nácar. Le expuse que en nada sufriría su prestigio comercial por el hecho de que fuera descendiente de la aristocracia de cirujanos de

Pei-ping.

Y él me hizo una oferta. No me ocultó que mi novela podría tener una gran venta, pero él deseaba ser a la vez editor y el único lector. ¿Huele a chantaje, Mark?

—Lo hubiera sido, si tú, conocedora de un hecho delictivo, aceptases beneficiarte para silenciarlo. Pero el hecho de que Nácar fuera descendiente de especialistas en vivisección humana, no era un delito.

—Nácar se comprometió a entregarme quincenalmente un cheque de mil dólares, suspendiendo pagos si en cualquiera de mis artículos, novelas o relatos cortos, hubiese la menor alusión a su ascendencia de vivisectores. Cada trimestre, además del cheque ordinario, me daría otro de cinco mil. Derechos de autor, dijo, y añadió que algún día volvería a su tierra natal. Entonces yo quedaría libre de publicar lo que quisiera. Prometí no hacerlo.

—¿Por qué?

—La amabilidad de Albert Men Wei era exquisita, pero escalofriante. Me di cuenta que Evelyn espiaba mis visitas, tal vez pensando en una folletinesca atracción pasional. Pudiera ser que me viese recoger el cheque, y creyera que yo era una chantajista.

—Gracias por tu confidencia que seguirá siéndolo. Ante el tribunal, juraste haber identificado a Nácar en el mutilado recompuesto. ¿Insistes, reiteras y afirmas?

—Sin el menor género de dudas, era él. Además, sus huellas digitales no podían mentir.

—Evelyn sugirió que los vivisectores chinos eran capaces de dar a cualquier cadáver una identidad exacta a la de quien desearan tomar por modelo. Según ella, el propio Nácar pudo colocar al volante una «copia» suya, dar marcha, y dejar en la noche su coche en la vía por la que a toda velocidad acudía el pullman.

—Evelyn, heredera de tenderos ricachones de Jefferson, decidió dar la vuelta al mundo. En

Hong-Kong

surgió el flechazo entre ella y Nácar. Después, ella que tiene menos sesos que un mosquito, empezó a ver misterios orientales por todas partes.

—Como yo.

—Pero tú no eres un mosquito. Comprenderás una aplastante

verdad de lógica impura, Mark. Si yo tuviera la menor duda sobre la muerte de Nácar indagaría a fondo, ya que, aún reconociendo que es inhumano lo que te confieso, con la muerte de Nácar perdí las rentas de una novela impublicada.

—¿Por qué creen los Men Wei que Evelyn puede revelarme algo que desate las iras de pistoleros del puerto barato?

—De este tema, cero. Siempre lo he soslayado, por confuso. En cuanto a Evelyn, créeme, padece un exceso de imaginación.

—Pareces sincera, Irma, y me dolería que por una vez que confío en alguien, me fallase la corazonada. ¿Debo descartar totalmente a los de mi lista en la búsqueda de indicios por la muerte de Bickford?

—A mí, por de pronto, bórrame por completo. Y los demás, no consigo ver el motivo por el cual les resultase comprometedor la investigación que pudiera llevar a cabo Bickford.

—¿Qué pinta Fred Lombard?

—Nada en absoluto. Está enteramente dominado por Magnolia.

—Coincides plenamente con Evelyn.

—Admites pues que sabes donde está Evelyn.

—Oye, tú estás retirada de investigaciones. ¿Qué pinta Mabel?

—Es como Fred, una dócil materia maleable en manos de Magnolia.

—O sea que Magnolia es el genio fuerte de la estirpe. ¿Qué tal Garvin Millard?

—Un bruto rematado, que empezó como capataz de cargadores.

—¿Lacey?

—Cerebro y brutalidad.

—¿Lun Prevost?

—El ayuda de cámara de todos los Men, Wei. Ni corta ni pincha.

—¿Jossy Alonso?

—Se ocupa únicamente de mantener el orden entre los estibadores del Muelle Oriental.

—O sea, incluyéndote a ti, siete personas que no tenían el menor motivo para asesinar a Bickford.

—Exacto. Busca por otro sitio.

—¿Por ejemplo...?

—Si lo supiera, ya lo habría comunicado a O'Brady.

—¿Cuándo te casas?

—Por ahora, no tengo la menor intención de perder mi aburrida libertad.

—¿Puedo pasar a invitarte a dar un paseo esta noche?

—¿A qué hora?

—Por ejemplo, hacia las nueve.

—De acuerdo. ¿Y a qué debo este honor tan señalado, Mark?

—Remueves en mi interior dormidas fibras románticas.

Sonrió ella:

—Gracias. Es curioso, pero comparto la mutua atracción.

Alejándose del jardín centrado entre los cuatro edificios residenciales, Mark Silvester quería creer en la sinceridad de Irma Brown.

Pero no podía abandonarse por completo a la corazonada, en aquel laberinto de suspicacias, confusiones y muertes violentas.

CAPÍTULO XIII

Evelyn Farnum se desperezó complacida. Se estaba bien a la sombra, sin moverse, sin pensar en nada.

Y según Ronald Bruce, la mejor medicina era relajar los nervios, ahuyentar los pensamientos complicados y reposar.

Aguardaba en aquel sombreado rincón del extenso jardín, porque sabía que no tardaría en llegar Ronald Bruce, el famoso psiquiatra, cuya residencia de reposo en la colina de Monterrey admitía solamente una clientela selecta.

Cuando el elegante y guapo doctor entró en la sombreada rotonda, Evelyn sintióse predispuesta a experimentar si habían o no disminuido sus dotes de seducción.

—Hola, doctor. Siéntese a mi lado, si no turbo su reposo que predica con el ejemplo.

—Verla me acusa siempre turbación —dijo él humorísticamente sentándose junto a ella—. Un prodigio de cutis infantil, un maravilloso cabello dorado, y unos labios tan cándidamente fascinantes, sobran para turbar cualquier Adán.

—Hablando de todo un poco, ¿puedo saber cuándo saldré de esta jaula de locos?

—Por favor, Evelyn. Estas expresiones vulgares, chocan eh una mujer de su sensibilidad. Aquí no hay locos. Solamente atiendo casos clínicos que suponen una pasajera debilidad nerviosa. En mi clínica no hay ningún insano mental.

—Conque no hay «majaretas» en este hotel, ¿no? ¿Es una pasajera debilidad nerviosa la que hace pasearse por el jardín a Cornelius van Dyke, en pijama, babuchas, sombrero de copa y guantes blancos?

—No significa locura. Son actos dictados por nervios

descompuestos. Cornelius trabajó demasiado para reunir sus millones y reconozco que es algo excéntrico.

—Entonces, ¿también yo soy una excéntrica?

—Posee usted una imaginación ultrasensible. Y Mark Silvester estuvo muy acertado al alejarla de la constante compañía de una oriental, puesto que la razón básica de su pasajera crisis nerviosa radica en que la prolongada permanecía entre seres de otra raza y mentalidad la hizo imaginar...

—Ya me lo sé —atajó ella, riendo—. Y cuando Mark me explicó que en esta residencia estaría a salvo hasta que él resolviese lo que no es imaginación mía, acepté encantada porque estoy hasta la coronilla de mi parentela confuciana.

—Seamos sensatos. Está fuera de dudas que Albert falleció.

—Conducía inmejorablemente, con gran prudencia.

—Ya modifica su tesis, Evelyn. Ahora imagina un asesinato. Exceso de lecturas de novelas policíacas. Y bien, su compañía es muy agradable, pero he de volver a mi tarea.

Evelyn dormitó a gusto. Despertó sobresaltada, al percibir una presencia próxima.

Volvió a reclinarse en la mecedora al reconocer a Mark Silvester.

—Dormía usted como una serafina. ¿Ve cómo no le mentía? Estaba usted recelosa cuando le dije que había encontrado el sitio ideal de espera.

—¿Cómo se ha tomado Magnolia mi desaparición?

—Por ahora, con calma.

—¿Sabe una cosa, Mark? Me gusta usted mucho. No, no mire en torno como dando a entender que estamos en una casa de orates. Me gusta usted, porque cree en mí, y se ha dado cuenta de que no soy la deficiente mental que Magnolia y su corte pretenden que soy.

Describió ella con el brazo un amplio semiarco.

—Entre esta quietud, por vez primera desde que me enamoré de Nácar, he ido recuperando mi normalidad. Oiga, Mark, no se enamore nunca de una china. Vigílese mucho, si Magnolia o Mabel intentan hacerse las vampiresas.

—En estos momentos no pienso en vampiresas, sino en cuatro sujetos que desde su desaparición han dedicado todo el tiempo a buscar su pista y creo que la han encontrado.

—Siéntese a mi lado —y pasando al banco rústico, agregó ella

—: ¿Quiere decir que por fin ya hay quién demuestra interés por la supuesta viuda loca?

—Sí, pero no es gente de los Men Wei, sino técnicos pistoleros del puerto, y esto es lo evidentemente curioso.

—Si rondan pistoleros, ¿por qué está tan tranquilo?

—No me conocen. Me confundirán con un inquilino de la casa.

Repentinamente se abrazó ella al periodista.

Silvester observó complacido los cercanos ojos azules dilatados de la que, alentando el busto, señalaba hacia atrás con movimientos de cabeza, temblorosos los atractivos labios.

Silvester consiguió liberarse lo suficiente del estrecho brazo para volver el rostro.

Cuatro individuos, inmóviles, a tres pasos del rústico banco donde se sentaba la pareja que parecía dedicarse a un idilio crepuscular.

—Es Buddy Chambers.

—Ése soy yo —dijo uno de los cuatro destacándose del grupo silencioso al dar un paso hacia adelante—. Y vengo a por usted, señora. Sin inquietarse. Es sólo para unas consulta y que oiga buenos consejos.

—¡No me dejes sola con estos matones pistoleros! —exclamó ella, sin soltarse del cuello de Silvester.

—¡Tú, orate! —increpó Chambers—. Regresa a tu jaula y no te metas en esto que no te incumbe.

—No tengo la menor intención de meterme en nada —replicó Silvester, logrando desasirse del crispado abrazo de Evelyn, y poniéndose en pie, al añadir—: Yo soy un convaleciente.

Los tres que acompañaban a Chambers rieron divertidos.

Chambers sujetó por un codo a la asustada viuda.

—Tranquilidad, y tómelo con calma, preciosa señora. No ha de alborotar, ¿sabe?

—Oiga, Chambers —inquirió Silvester amablemente—. ¿Puedo preguntarle si la preciosa señora está dispuesta a acompañarle voluntariamente?

Buddy 'Chambers rió con mueca desagradable.

Extrajo una automática que agitó ante el rostro de Silvester.

—Fíjate bien en este trasto, orate. Se dispara, y hace ¡pum!, y pupa. ¿Lo ves bien?

—No soy cegato. Me doy cuenta que es un argumento persuasivo ante el que toca callar, obedecer, y a mí, plín.

Chambers quedó convencido que aquel larguirucho era un inquilino permanente del sanatorio mental.

Le volvió la espalda para hacer una señal a sus tres acompañantes.

—¡Al suelo, Evelyn!

El grito de aviso de Silvester, fue simultáneo al salto con el que atenazó la garganta de Chambers con el antebrazo.

Su otra mano sujetaba el puño del pistolero que esgrimía la automática.

Con vigorosa presión mantuvo contra su pecho la espalda de Chambers.

Evelyn se deslizó bajo el banco, tendiéndose con los ojos cerrados y la cabeza entre los brazos taponándose los oídos.

Restallaron dos disparos.

La mano de Silvester presionando sobre la de Chambers acababa de obligarle a disparar contra sus acompañantes.

Los tres pistoleros abriéndose en abanico intentaron coger de flanco al que mantenía inmovilizado a Chambers, parapetándose tras él.

Alcanzados en una pierna y un brazo, dos de ellos se disponían a disparar.

Chambers gritó roncamente:

—¡No tiréis, que vais a darme, idiotas!

—Eso es. No tiréis, porque lo vais a convertir en un colador. Echad las herramientas a los pies de Buddy, o le abro boquetes en el buche.

—¡Aprisa! ¡Echadlas donde dice el... tío ése! —rugió Chambers, congestionado.

El loco que le mantenía en sólida presa, poseía una fibrosa musculatura y muy malas intenciones.

—¡Pronto, tirad las herramientas!

Los tres obedecieron. Chambers aflojó la mano presa en la diestra de Silvester. Temía dispararse contra sí mismo.

Dio Silvester una brusca sacudida quedándose con la automática.

Aplicando el pie de plano derribó de bruces al semiasfixiado

Buddy.

Encañonaba a los otros tres en ademán semicircular, deteniendo su avance, mientras pisaba, reuniéndolas, las tres armas.

Por una alameda, acudían corriendo Bruce y tres fornidos enfermeros.

Evelyn abrió los ojos, y se puso en pie, palmoteando gozosa.

Buddy se levantó sacudiéndose el polvo. Su rostro estaba aún congestionado, pero trató de hablar calmadamente.

—Todos callados, muchachos, que tenemos quien nos respalda. No os preocupéis... Fue el loco ése quien nos atacó a mansalva.

Sofocado por la carrera, preguntó Bruce:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué han sido estos disparos?

—Los dos heridos, este otro que masculla injurias y el chimpancé que los dirige, quisieron llevarse a la fuerza a Evelyn. De momento, doctor, recomiendo a sus enfermos que amarren con sus cintos de fuerza a esos cuatro pájaros. ¡Quietos, técnicos del gatillo! La mesa del cirujano está cerquita.

Cuando los cuatro matones tuvieron las muñecas encerradas en las correas laterales del cinto abrochado sobre sus cinturas, Silvester entregó las cuatro pistolas al doctor Bruce.

—Las acompañaremos al testimonio de la señora, Men Wei.

—A la celda doce —ordenó el doctor.

Y acompañó a sus enfermeros que empujaban a los cuatro matones.

Evelyn bisbiseó:

—Has estado fenómeno, Mark. Cada vez me gustas más. Estoy alelada, y siento algo raro... Será la reacción...

Se apoyó contra Silvester, alzando el rostro, ofreciendo los labios entreabiertos.

Una invitación irresistible. Sabrosa.

Al ella separarse, reían sus ojos.

Manifestó Silvester:

—Ahora soy yo el alelado. ¿Tienes la bondad de pasar a tu cuarto y redactar lo sucedido, a tu modo?

—Tú mandas, Mark. Donde quieras, cuando quieras, siempre que quieras.

Apresuró Silvester el paso, sacudiendo la cabeza. Tenía que despejarse. El doctor Bruce, en su despacho, comentó:

—El teniente

O'Brady

le dio carta blanca, Mark. ¿Qué hacemos con estos cuatro?

—A pan y agua hasta que le comunique el resultado de mi visita a los jefes de estos técnicos.

—En la documentación que provisionalmente les he quitado, constan...

Cogió Silvester los documentos de identidad, atajando al doctor:

—Ya tengo el hilo que me introduce en el laberinto del hampa dorada. Los de arriba.

—¿No interroga a esos cuatro?

—Son sardinas. Voy a ver qué tal nado entre tiburones.

Conduciendo hacia la ciudad, la euforia invadía a Silvester.

Ya poseía medios suficientes para meterse en la charca de los tiburones sin recibir dentelladas fatales.

Poco después, consultando el listín, marcaba números.

Dijo:

—Comunicado urgente para Sam Cohen.

—¿De parte de quién?

—Buddy Chambers.

Esperó medio minuto.

—Sam Cohen al aparato. ¿Qué hay, Buddy?

—Es urgente que usted y Tulio Lázzaro me reciban correctamente, donde quieran.

—¿Quién...? ¡Oiga!

—Oigo, y digo, Sam Cohen. Los cuatro técnicos que enviaron para invitar a la señora Men Wei a trasladarse, los tengo encerrados en sitio seguro. Creo necesario que discutamos ciertos detalles.

—Pero ¿usted quién es?

—Mark Silvester. ¿Dónde les veo a usted y a Lázzaro?

Al otro lado del hilo tardaban.

Por fin dijeron:

—Seguro que hay una lamentable confusión, Silvester. Lázzaro y yo le esperamos en el despacho privado de nuestra empresa, en las oficinas del Muelle Prolongación Oriental. ¿Es visita oficial o privada?

—Solitaria, privada y de simple curioso, Sam Cohen. Allá voy.

CAPÍTULO XIV

En las oficinas de Cohen, S. A., el despacho privado era regio.

El naviero Sam Cohen, señorial, tenía aspecto de banquero.

Su jefe de personal, Tulio Lázzaro, de gran prestancia física, se adelantó tendida la diestra.

—¿Qué tal, Silvester? Le he contado ya al señor Cohen que en cierta ocasión ya vino usted a visitarme.

Estrechando la diestra del italo-califomiano, asintió Silvester:

—Fue una visita sin fruto.

Falsamente cordial, rió Lázzaro volviéndose hacia Cohen.

—El periodista quiso presentarme como un donjuán de vía estrecha. Le afirmé que no me gustaba la publicidad. Le presento al señor Cohen.

El rostro mofletudo del naviero exteriorizó campechana simpatía:

—¿Qué tal, Silvester? He leído su último artículo, y considero muy conveniente que conversemos con toda franqueza. Ya conoce a mi jefe de personal.

—Sí, es muy conocido.

—Quizá Tulio ha sido importunado con requerimientos federales, pero resaltó una verdad incuestionable.

—¿Cuál?

—Controlar cientos de empleados de carácter áspero, exige métodos particulares. Y no ignora, si ha profundizado en el sistema patronal de nuestro puerto, que las propias autoridades legales toleran la existencia de nuestra... digamos, policía particular.

—¿Cómo estos cuatro?

Colocó Silvester sobre la mesa los cuatro documentos de identidad.

Añadió:

—Según consta con foto y digitales, Buddy Chambers es ayudante del jefe de personal.

—En efecto, es mi ayudante —sonrió Lázzaro.

—Los otros tres constan como técnicos de grupo.

—En efecto. Del grupo de estiba, del grupo de descarga y del grupo de carretilleros.

—Así están inscritos en nómina —afirmó Cohen.

—¿También sus pistolas?

—Tienen licencia para uso de armas —especificó Lázzaro—. Hay mucha labor de sanidad interna, que sólo los entendidos pueden realizar.

—Ya... Pero Monterrey queda algo alejado del puerto.

—¿Monterrey?

—Fue donde me tropecé con estos cuatro técnicos. Tengo testigos de que sacaron sus armas. Pretendían llevarse por la fuerza a la señora Men Wei, para que acudiese ante usted, Cohen.

El naviero ajustó sus gafas sobre la gruesa nariz.

Adoptó una entonación doctoral:

—En vida de Nácar King tuvimos pequeños conflictos. Los propios de toda rivalidad comercial, que nunca ha ignorado la policía. Yo le propuse a Nácar unir nuestros sindicatos en votación libre. No quiso. Yo le dije que estudiara con calma mi propuesta que evitaría luchas entre nuestro personal.

—¿Qué tiene ello que ver con Evelyn?

—Estaba ella presente. Cuando el momento lo exige, es preciso no morderse la lengua, Silvester. Por esto, le hablo con toda franqueza, como puede apreciar. ¿Una copa?

—Por unos días soy abstemio. Gracias de todos modos. ¿Por qué, en vez de mandar a sus cuatro pistoleros legales, no fue su jefe de personal a visitar normalmente a Evelyn?

—Porque ella se negó a recibir nuestra visita. Lo hice constar así en el expediente abierto por las muertes de Jim Donlevy y Gene Cramer. Perteneían a nuestro sindicato. Declararon que al término de sus contratos deseaban pasar a la nómina de Nácar King. Sus muertes nos originaron disgustos.

—Figúrese a las viudas...

—Las acompaño en el sentimiento. Sin ironías. Bien... al morir

Nácar King, accidentalmente, propuse a Magnolia Men Wei nuestra unión.

—¿Se han unido?

—Aunque estamos en vías de terminar satisfactoriamente el trámite beneficioso para todos, volvió a complicar la negociación la muerte de su colega Bickford.

—Que intentaba averiguar algo relacionado estrechamente con la muerte de Cramer y Donlevy, y las divagaciones de Evelyn.

—Mi intención al desear hablar con Evelyn, era sólo evitar malentendidos, que ya abundan, desgraciadamente. Tenemos fama de resolver por las malas determinados conflictos, pero... Hable, Tulio.

Tulio Lázzaro juntó las yemas de los dedos como sin conferenciante que se encuentra para iniciar un tema espinoso.

—El lecho de que Cramer y Donlevy, perteneciendo a nuestro personal, hallasen una muerte accidentalada, podía ser interpretado como un aviso para otros componentes de nuestra nómina que pretendieran enrolarse en el muelle oriental. La policía dio por sentada mi argumentación. Matar a Cramer y a Donlevy no nos convenía.

—¡Tulio! —recriminó Cohen—. Nuestro visitante se figurará que el crimen no nos inspira la más franca reprobación.

—Rectifico, pero estaba hablando como lo hice ante la policía. Prácticamente, liquidar a Cramer y Donlevy hubiese equivalido a firmar. Y no somos *gangsters*.

—¿Qué pasó con Bickford?

—Fue una acción completamente absurda, ya que ningún periodista nos puede ser hostil.

—Bickford trataba de sondear.

—Pero eliminar a un periodista, resultaba aún más peligroso que suprimir a un policía. O sea, que dada la fama de *gángster* que me atribuyen, razoné como tal.

—Me agradecería oír este razonamiento, Tulio.

—¿Por qué no? En defensa de nuestros propios intereses, si yo tuviera el menor indicio acerca de los responsables de estas tres muertes, me convertirla en delator. Repetí entonces lo que ya dije con ocasión de las muertes de Cramer y Donlevy fue obra de gente ajena a los contactos portuarios.

—¿Cómo puede justificar esta afirmación?

—Nuestra policía privada tendría indicios, sospechas, pistas, pero en los tres casos carecemos por completo de información.

—Bickford murió baleado días después de publicarse un artículo que he reproducido.

Sonrió afectuosamente Lázzaro:

—Y usted está muy vivo, Silvester.

—Hay quien opina que no duraré mucho.

—Si muere de mala manera, habrá quien insinuará de nuevo que en el puerto opera una mano negra, una mafia.

—¿Calumnias?

—Si son calumnias o verdades, no es el momento ahora de discutirlo. En nuestro ambiente la disciplina es muy rígida, pero si nos encaramos a determinadas acusaciones, tenemos derecho a oponernos a otras que son falsas.

—¿Por ejemplo...?

—Juro por la santa Madonna, y que me sea negado el perdón de mis muchas culpas, si las muertes de estos tres hombres no han sido y son un misterio impenetrable para todos los jefes de personal de los muelles.

A pesar suyo admitió Silvester:

—Encuentro franqueza donde menos la esperaba.

Pero queda un hecho delictivo. Intento de secuestro. En la persona de Evelyn Farnum.

—¿Usted cree? —sonrió Lázzaro.

Sam Cohen se pasó un perfumado pañuelo por la frente. Sopló después en sus gafas para limpiarlas, mientras exponía:

—He comunicado al comisario del puerto, que envíe a cuatro empleados para evitar a la viuda de Nácar King a que acudiese ante su presencia y la mía, para dejar bien en claro que íbamos a entablar una demanda judicial por calumnia, si ella persistía en divagar venenosamente sobre sindicatos, muertes misteriosas y demás monsergas.

Hizo una pausa Cohen para resoplar, ceñudo:

—Existe pues constancia de que ante la reticencia calumniosa, tuve que emplear el único método.

—¿Secuestro?

—Invitación.

—¿Para esta clase de invitaciones no existe la policía oficial?

—La policía oficial no podía requerir, ya que primero, formalmente, y ante autoridad legítima, en este caso el comisario del puerto, tenía ella que ratificar o rectificar.

—¿En qué sentido?

—Aportando pruebas de cualquier acción delictiva contra mi persona o empleados de mi empresa.

—Ya tiene esta prueba.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Las cuatro pistolas de sus técnicos.

—Si Buddy Chambers sacó su arma, motivos tendría y los expondrá.

—¿A Bickford lo mataron por error?

—En su día, la policía demostrará quién, cómo, y porqué.

Hablaba ahora Lázzaro quien añadió:

—Lo que sí puedo asegurarle, Silvester, es que si desea vengar la muerte de un compañero, gesto que me parece muy elogioso, no se entretenga reuniendo coincidencias y sacando conclusiones. Hubo un tiempo en que, indudablemente, existía gangsterismo en el puerto. Hoy no.

Intervino Cohen señalando la documentación.

—¿Qué piensa decidir con respecto a estos cuatro empleados míos?

—Acusarles de intento de secuestro, agresión a mane armada y allanamiento de morada.

—¿Nada más y nada menos? —sonrió Lázzaro.

—Por ahora, sí.

Tulio Lázzaro contorneó la mesa, y de un cajón abierto extrajo una carpeta.

En el lomo, el periodista pudo ver escrito:

«Expediente Silvester, Mark».

Abriendo la carpeta, sacó Lázzaro una cartulina.

Leyó pausadamente:

«Información documental indagatoria.

Facilitada por Agencia Privada.

El periodista Mark Silvester, embriagado, hizo objeto de malos tratos a dos camareras de un club nocturno».

—Esto sí que es falsedad y pura calumnia —rebató Silvester.

—Lo atestiguan cinco personas solventes y sobrias. Segundo cargo.

—Ah, ¿es que hay otro?

—Allanamiento de la clínica Barnet, con secuestro de una paciente en tratamiento. ¿Falso también, Silvester? Tercer cargo...

Silvester cruzó los brazos. Prefirió callarse.

—El tercer y último cargo queda incluido en el informe que telefónicamente hemos solicitado del doctor Bruce. Dice así...

Leyó Lázzaro:

«Creyéndome ante un demente, Buddy Chambers mostró su arma para invitarle a no intervenir. El periodista Silvester agredió a Chambers, hiriendo a balazos a John Gilford y a William Roberts. Los cuatro visitantes entraron legalmente, siéndoles abierta la verja del sanatorio por el conserje».

Cerró la carpeta Lázzaro y añadió:

—Con todo ello, se forma un expediente lo bastante nutrido como para retirarle a usted la licencia de armas y obligar a su editor a que pague una crecida indemnización. Queda a la voluntad del señor Cohen decidir si entablamos querella criminal.

—Lo que me faltaba, vaya.

—Comprenderá, periodista, que somos objeto de muchos ataques y hemos de procurar defendernos.

Comentó ácidamente Silvester:

—Vine a por lana y salgo trasquilado. Pero mis incidencias personales no aclaran en nada la muerte de Bickford.

—Deje a cada zapatero remendar sus zapatos, amigo mío —aconsejó paternalmente Cohen—. Le estimaré en mucho que nos

considere tan interesados como usted en que aparezca el autor o autores de muertes que comprometan mi buen nombre.

—De acuerdo. Le creo.

—Y tenga la bondad, ya que goza de influencia con la viuda de Nácar, aconsejarla que acepte una cordial entrevista ante el comisario del puerto. Si tiene algo demostrativo de culpabilidad contra alguien, ha de declararlo. Es su obligación.

—Es una viuda trastornada, la pobre.

—Es una viuda alocada. Es distinto. ¿Desea retener por más tiempo a mis cuatro empleados?

—Exhibieron pistolas. Se portaron como matones.

Intervino Lázzaro:

—El puerto es una universidad muy dura. Por suerte, las heridas de Gilford y Roberts son leves. Posiblemente, el señor Cohen hará una declaración exculpándole a usted.

—La haré ya que le disculpo por haberse dejado llevar por un sentimiento de compañerismo muy respetable —afirmó Cohen magnánimo.

Tulio Lázzaro añadió:

—Amonestaré severamente a estos cuatro empleados para que, en lo sucesivo, se abstengan de exponerse a su agresividad, periodista.

—Encima, esto —masculló Silvester.

Insinuó Cohen:

—En su artículo aludía a una lista de siete personas.

—No figuran en ella ustedes dos. Bien, telefonearé al doctor Bruce para que les remita a sus cuatro empleados, en horas hábiles, de oficina. Mañana, después del desayuno.

—De acuerdo. Y retiro mi petición. Aconseje a la viuda de Nácar para que acepte una cordial entrevista que deje ultimado este asunto. ¿Sin rencor?

—Tan campantes. Casi prefiero la ruda claridad portuaria, a la misteriosa reticencia chinesca.

—No se deje contagiar por Evelyn —aconsejó Cohen—. Buenas noches.

En el vestíbulo sugirió Lázzaro:

—Olvídese de nosotros, Silvester.

—Es curioso. Ultimamente, todos los que trato, se empeñan en

que me olvide de ellos.

—Porque una cosa son confidencias del tipo reporteril y otra cosa muy distinta es buscar presuntos asesinos en personas inocentes.

—Usted maniobraba por el puerto hace ya quince años.

—Y sigo maniobrando, lo cual es una clara prueba de que no asesinamos a periodistas, sino todo lo contrario. Somos tan respetuosos con el «cuarto poder», que hasta toleramos que un agresivo dipsómano balee a dos muchachos toscos, pero honorables.

—¿Dipsómano significa borracho, no?

—Consulte el diccionario.

—En la sílaba «dip» se hallan también los diplomados en turbios manejos, Lázzaro.

—Vaya practicando, y dentro de quince años ya estará en condiciones de comprender que hay una clase de cadáver que me infunde un temor respetuoso. El cadáver de un periodista. Los prefiero vivos, en los dos sentidos de la palabra. Buenas noches.

CAPÍTULO XV

En el salón muy occidental de la mansión Men Wei, el teniente O'Brady recibió con expresión desconfiada a Silvester.

Dijo ceñudo:

—Disponemos de esta sala para chismorrear, Mark. El señor Lázzaro representa al señor Cohen, que ha preferido, al igual que los miembros de la familia Men Wei, abstenerse de verse sometidos a chorros de maledicencia.

—Yo no he dicho nada que no haya oído de labios de la viuda de Nácar.

—A la que se niegan a ver los Men Wei.

Lázzaro miró impaciente su reloj. Dijo:

—No se escude tras una loquilla imprudente, periodista. Usted acusó al señor Cohen de inducción a tres asesinatos.

—Puntualicemos. A él, no. Le acuso a usted.

—¡Ojo con lo que suelta, Mark! —interrumpió O'Brady

—. Y usted que presume de estar por encima de toda acusación, tenga calma, Lázzaro. ¿Dónde está la viuda?

—No ha de tardar. La acompaña el doctor Bruce. Pero, si golpeo este gongo, ¿quién vendrá, teniente?

—Oiga, juegos de manos, no. ¿Qué se propone?

Dando con los nudillos en el gongo colgante, dijo Silvester:

—Ver quien acude.

Acudió Mabel Tsao Ming. Su rostro hermético, era inexpresivo.

—Mabel, ¿conoce a éste? —Y designó Silvester el apuesto italo-yanqui.

—Es el señor Tulio Lázzaro.

—¿Desde cuándo le conoce?

—Mi infidelidad a mi señor Men Wei hallará misericordia, porque si callé fue solo para evitar a mi señor Men Wei un intenso sufrimiento.

Invitó

O'Brady:

—Procure hablar de modo que la entienda, Mabel.

—Conozco a este hombre como llamado Tulio Lázzaro desde hoy, pero es el hombre que mancilló la morada de mi señor Men Wei. Su rostro es el del visitante nocturno del parque reservado a los paseos de la infiel señora Evelyn.

O'Brady

miró asombrado a Lázzaro que sonrió desdeñoso:

—Esta amarilla todavía anda peor del seso que su dueña.

Complacido, apuntó Silvester:

—Usted, Mabel, afirma que reconoce en este hombre al que visitaba a escondidas a Evelyn.

La chica asintió con lenta cabezada.

Dijo:

—Ha de juzgarme la heredera del honor de los Men Wei. Pido permiso para retirarme.

Salió ella apresuradamente.

Tulio Lázzaro manifestó:

—¿Qué clase de tinglado ha montado, Silvester?

—A lo mejor pretende usted negar que conoce a Evelyn.

—De vista y de lejos.

—Dígaselo a ella.

Apareció el doctor Bruce acompañando a Evelyn Farnum.

Manifestó Silvester:

—Lázzaro, le presento a Evelyn. Y al doctor Bruce, auxiliar voluntario en este caso del teniente

O'Brady.

Es cierto que Buddy Chambers pidió permiso para visitar a Evelyn. Pero ¿quién orientó a Chambers? Usted, Evelyn. ¿Cómo podía saber Lázzaro que yo allané la clínica Barnet? ¿Cómo sabía que Evelyn estaba en Monterrey? Era un dato que solamente conocíamos Evelyn, el teniente, el doctor Bruce y yo.

Tulio Lázzaro escuchaba con gran atención. Evelyn Farnum

seguía ostentando una expresión de muñeca bobalicona.

—De todo el tinglado como dice, Lázzaro, tenía ya preparada la explicación. Usted deseaba que, ante la justicia, la supuesta loca Evelyn mantuviera determinadas calumnias. Ella se hubiese retractado. Nadie, ni el más desconfiado de los policías hubiera relacionado a Evelyn con usted.

—Todo eso son paparruchas imaginativas.

—Y sigo con ellas. La cosa empezó así. Evelyn odia a los Men Wei, y Lázzaro desea ganarse la crecida prima que le ha ofrecido Cohen, si consigue que todo el muelle sea dominio Cohen. Lázzaro sugiere a Evelyn un plan que la eliminará de toda sospecha. Se negará a reconocer el cadáver de su marido. Ella alude a cirujanos chinos, asustando a los Men Wei quienes, a su vez, no quieren que recaigan sospechas sobre nadie, en la muerte accidental de Nácar, porque no quieren guerra con ningún sindicato.

—¡Una sarta de suposiciones! —Escupió Lázzaro.

—Pero Mabel es testigo de que Evelyn se entrevistaba secretamente con usted, Lázzaro. Mabel calló para evitarle un sufrimiento a Nácar.

—¡Esta sucia amarilla mente! —chilló Evelyn.

—Cálmese, mujer —rogó Silvester—. ¿Por qué incitó a Tulio a matar a Bickford?

—¡Mentira! ¡No incité a nadie!

—¿Por qué le comunicó a Tulio telefónicamente su nueva dirección? Claro, lo hizo porque no sabía que el doctor Bruce aceptó que su línea fuese intervenida por la policía.

Aquel último farol dio la partida ganada al periodista.

La línea telefónica de la clínica Bruce no estaba intervenida.

Pero Evelyn Farnum perdió su aspecto de muñeca boba, al tender las manos engarfiadas hacia el rostro de Silvester.

La retuvo por los codos, con firmeza, el teniente O'Brady, solicitando:

—Un sedante, doctor. Esta mujer va a darnos una exhibición de histeria.

Tulio Lázzaro aguardó, en apariencia, calmamente.

La inyección administrada por el doctor Bruce, contenía un sedante. Y quince miligramos de pentotal. Produjo en Evelyn una

locuacidad febril.

Divagaciones sobre el odio, el afán de recuperar la libertad, vengarse de mortificaciones, la agradable persuasión de Tulio y su inteligente plan para descartarlos a ellos dos por completo.

Fingiéndose trastornada, atemorizar a Men Wei.

¿Cómo había muerto Nácar? Oh, fue genial. Tulio era muy listo. Al saber que Nácar iba a visitar a unos industriales de Los Angeles, bloqueó el paso en una carretera cuando se aproximaba Nácar.

Le golpeó mientras conversaban y condujo el coche hasta la vía.

Después quedó establecida una sólida coartada. Al regresar al cuarto que había abandonado sin saberlo sus muy honrados compañeros de póquer quienes atribuyeron el sueño a un exceso de champaña. Ellos mismos despertaron a Tulio. Tulio era un hombre, muy listo. Con él sí que volvería a ser feliz.

¿Por qué murió Bickford? Porque fue a visitar a Tulio, diciéndole que causaría sensación si en sus «confidencias». Silvester publicaba que Evelyn recortaba fotos del actor más parecido a Tulio.

Rossano Brazzi.

—No, no, Sam Cohen no sabía nada. «Estaba en la higuera» — agregó ella riendo.

En los interrogatorios siguientes, por separado, O'Brady

no mencionó los métodos privados empleados por Silvester, con faroles, y penetración imaginativa, ni por el doctor Bruce, con droga.

La acumulación de pruebas derrumbó toda la confianza en sí mismo de Tulio Lázzaro, cuya defensa se limitó a negar obstinadamente.

El examen psiquiátrico revelaba en Evelyn una mentalidad deficiente, pero no irresponsable.

Magnolia Men Wei preparó personalmente un té para Mark Silvester.

—La mentira que le obligamos a decir a Mabel dio resultado.

—La mentira era que ella vio, cuando ella duerme como todo ser humano. Pero la verdad era que Evelyn se entrevistaba secretamente con Tulio Lázzaro. ¿Por qué me invitó Jossy Alonso a beber «luz de alegría»?

—Lacey deseaba saber qué contenía lo que dictó Bickford.

* * *

Días después cuando el editor Vanberg aludió al éxito sensacional del reportaje «Confidencias definitivas de la viuda Nácar King», replicó Silvester:

—Primera y última vez que me escarbaré la imaginación bordando sobre un bastidor chino. Me he llevado una gran sorpresa. Somos infinitamente más complicados que los descendientes de los mandarines. Mi próximo serial se titulará: «Confidencias verídicas y personales sobre el eterno flechazo».

—¿Irma Brown?

—La única, la definitiva. Pienso aludir a lo delicioso que resulta encontrar la mujer que cada hombre tiene destinada. Uno sobre mil la encuentra. Yo acerté.

Las mutuas confidencias muy íntimas de Irma Brown y Mark Silvester quedaron inéditas.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.